

lecturas



N.º 1

En este número:
EL ABUELO D'HALMA
cuento nacional, por
AUGUSTO D'HALMA



El Baile

POR
IRENE
NEMIROVSKY
TRADUCCIÓN
DE
LUIS ENRIQUE
DELANO

I
M a d a m e
Kampf entró a la
pieza de estudios, ce-
rrando tan bruscamen-
te la puerta, que la lám-
para de vidrio resonó, agi-
tadas sus lágrimas por la co-
rriente de aire, con un ruido
puro y cristalino. No por eso An-
tonieta había dejado de leer, en-
corvada sobre su escritorio hasta ro-
zar la página con el pelo. Su madre la
observó un momento; luego se colocó de-
lante de la chiquilla, las manos cruzadas
sobre el pecho.

—Podrías siquiera levantarte cuando ves
a tu madre, niña—gritó.—¿No? ¿Acaso es-
tás pegada a la silla... ¡Qué elegante es es-
to!... ¿Dónde está Miss Betty?

En la pieza vecina el ruido de una má-
quina de coser acompañaba una canción,
un *What shall I do, what shall I do. When
you'll be gone away...*, cantado con una
voz inexperta, pero fresca.

—Miss — llamó Madame Kampf — ven-
ga.

—Inmediatamente, Madame Kampf.

La pequeña inglesa, con los ojos asom-
brados y dulces y un moño color de miel
atado alrededor de la cabeza, se asomó por
la puerta entornada.

—La he contratado—comenzó severamen-
te Madame Kampf—para que vigile y ense-
ñe a mi hija, ¿no es eso?, y no para que co-
sa vestidos. ¿Es posible que Antonieta no
sepa todavía que debe levantarse cuando
entra su madre?

—Oh, Antonieta, ¿how can you?, dijo la
Miss, con una especie de trino melancólico.
Antonieta estaba de pie, balanceándose
torpemente sobre una pierna.

Era una chiquilla de catorce años, alta
y desgarrada, con el rostro pálido propio de
su edad y tan reducida de carnes, que a los
ojos de las personas mayores aparecía co-
mo una pobre cosa, redonda y clara, des-
provista de buenas maneras, con los párp-
ados caídos y una boca pequeña y siem-
pre cerrada. Catorce años, los senos que se
yerguen bajo el largo vestido de colegiala y
que mortifican e impiden su libre movi-
miento al cuerpo débil, infantil... pies gran-
des y largos brazos terminados en manos
rojas y dedos manchados de tinta, brazos
que acaso llegarían a ser los más bellos del

mundo, ¿por
qué no?... Una
nuca frágil, ca-
bellos cortos, desco-
loridos, secos y des-
ordenados... —Compren-
derás, Antonieta, que tus
modales acaban por desespe-
rarme, mi hijita... Siéntate.
Voy a entrar de nuevo y tú me
darás el gusto de levantarte inme-
diatamente de la silla, ¿entiendes?

Madame Kampf retrocedió unos cuán-
tos pasos y abrió la puerta por segunda
vez. Antonieta se levantó lentamente y de
tan mala gana, que su madre preguntó con
viveza, apretando los labios en forma ame-
nazadora.

—¿Acaso lo está haciendo a la fuerza, se-
ñorita?

—No, mamá—dijo Antonieta, en voz baja.

—¿Entonces por qué pones esa cara?

Antonieta esbozó una sonrisa forzada, des-
ganada y penosa, que deformaba dolorosa-
mente sus rasgos. Por momento odiaba de
tal manera a las personas grandes, que hu-
biera querido matarlas, desfigurarlas o grito-
tar: "No, tú me mortificas", golpeando los
pies. Pero temía a sus padres desde su más
tierna niñez. Antes, cuando Antonieta esta-
ba más pequeña, su madre la subía a sus
rodillas, la estrechaba contra su corazón, la
acariciaba y la besaba. Pero Antonieta ya ni
se acordaba de eso... En cambio, conserva-
ba en lo más profundo de su ser el recuer-
do de una voz irritada, resonando sobre su
cabeza: "Esta chiquilla, que está siempre
pegada a mis piernas"... "has manchado
mi vestido con tus zapatos sucios; mándate
cambiar, eso te enseñará... ¿Me has oído,
mocosa imbécil?" Y un día... por primera
vez deseó entonces morir... en la esquina
de una calle, durante una escena, esta fra-
se curiosa, gritada tan fuerte que los tran-
seúntes se habían dado vuelta: "¿Quieres
que te dé una palmada? ¿Sí?", y el esta-
llido de una palmada... En plena calle.
Ella tenía once años y era demasiado cre-
cida para su edad... Los transeúntes, las
personas grandes, no le importaban nada...
Pero, en ese mismo instante, algunos mu-
chachos salían del colegio y se reían al mi-
rarla... "Y bien, amiguita..." Oh, ese mur-
mullo que la perseguía mientras caminaba,
la cabeza caída, por la calle negra de oto-
ño. Las luces danzaban a través de sus lá-

No por eso Antonieta había dejado de leer, encorvada sobre su escritorio hasta rozar la página con el pelo...



grimas". ¿Todavía no acabas de lloriquear? ¡Oh, qué carácter!... Cuando yo te corrijo es por tu propio bien, ¿no crees? Y mira, no comiences a impacientarme de nuevo, te aconsejo... "Gentes sucias... Y luego todavía, expresamente para torturarla, para atormentarla y humillarla, se encarnizaban de la mañana hasta la noche: "¿Cómo tomas el tenedor?" (delante del criado, Dios mío) y "siéntate derecha. Al menos que no parezcas jorobada". Ella tenía catorce años, era una niña, pero en sus sueños se convertía en una mujer bella y amada... Los hombres la acariciaban, la admiraban como André Spere-lli acaricia a Elena y María y Julián de Subercaseaux a Maud de Rouvre, en los libros... El amor... Ella se estremeció. Ma-

dame Kampf terminaba: —...Y si crees que te pago una institutriz inglesa para que tengas maneras como éstas, te equivocas, hijita...

Y en voz más baja, mientras que recogía un mechón que barría la frente de su hija: —Siempre te olvidas de que somos ricos, en la actualidad, Antonieta—dijo.

Luego se volvió hacia la inglesa:

—Miss, tendré para Ud. muchos encargos esta semana. Damos un baile el 15...

—Un baile—murmuró Antonieta, abriendo

exageradamente los ojos.

—Pero, claro— dijo Madame Kampf, sonriendo—un baile...

Miró a Antonieta con una expresión de orgullo, y luego designando a la inglesa con un movimiento de sus cejas, dijo:

—¿Tú no le has dicho nada, al menos?

—No, mamá, no — dijo vivamente Antonieta.

La chica conocía esta preocupación constante de su madre. Al principio — hacia de esto dos años — cuando habían abandonado la vieja calle Favart, después del genial golpe de bolsa de Alfredo Kampf, que aprovechó la baja del franco, primero, y en seguida de la libra, en 1926, golpe que les había proporcionado la riqueza, todas las mañanas, Antonieta era llamada a la pieza de sus padres; su madre, todavía en cama, se frotaba las uñas; en la pieza de toilette vecina, su padre, un judío seco, de ojos de fuego, se afeitaba, se lavaba, se vestía con esa rapidez loca de todos sus actos, que le había valido en otro tiempo el sobrenombre de "Feuer", que le daban sus camaradas, los judíos alemanes, en la Bolsa. Durante varios años había gastado sus zapatos en largos viajes a la Bolsa... Antonieta sabía que antes había sido empleado en el Banco de París, y mucho antes todavía, en el pasado, groom de librea azul, en la puerta del Banco... Un poco antes del nacimiento de Antonieta se había casado con su querida, la señorita Rosina, dactilógrafa del patrón. Durante once años habían habitado en un pequeño departamento de color negro, detrás de la Opera Cómica. Antonieta se acordaba cuando hacía sus tareas, por la tarde, en



La pequeña inglesa, con los ojos asombrados y dulces y un moño color de miel atado alrededor de la cabeza, se asomó por la puerta entornada...

la mesa del comedor, mientras la criada lavaba la vajilla con gran ruido en la cocina, y Madame Kampf leía novelas, acodada bajo la lámpara, una pesada lámpara suspendida, con un globo de vidrio sin pulir, dentro del cual brillaba la viva llamita del gas. De cuando en cuando, Madame Kampf daba un profundo e irritado suspiro, tan fuerte y brusco, que hacía saltar a Antonieta en su silla. Kampf preguntaba: "¿Qué es lo que tienes ahora?", y Rosina respondía: "Me da pena pensar que hay gentes que viven bien, que son felices, mientras que yo paso los mejores años de mi vida en este agujero sucio, zurciendo tus calcetines..."

Kampf se alzaba de hombros, sin decir nada. Entonces lo más frecuente era que Rosina se volviera hacia Antonieta. "Y tú, ¿qué tienes que escuchar?"

¿Te interesa algo lo que dicen las personas grandes?", gritaba malhumorada. Y luego terminaba: "Si esperas, hija mía, que tu padre haga fortuna como lo prometió cuando nos casamos, pasará bastante agua por debajo de los puentes... Crecerás y siempre estarás esperando, como tu pobre madre..." Y cuando decía esa palabra "esperar", sus rasgos duros, tirantes, desagradables, adquirían una expresión dolorosa, profunda, que conmovía a pesar suyo a Antonieta y la impulsaba a menudo, instintivamente, a aplastar sus labios contra el rostro de la madre.

"Mi pobrecita", decía Rosina, acariciándole la frente. Pero una vez había exclamado: "¡Ah!, déjame tranquila, ¿quieres?, me mortificas; qué cargante eres tú tam-

bién...", y nunca más Antonieta le había dado otros besos que aquellos que los padres y los hijos se dan despreocupadamente en la mañana y en la tarde, y que son como los apretones de manos de dos desconocidos.

Y luego, un buen día resultaron ricos de golpe, sin que jamás ella pudiera comprender cómo. Fueron a habitar un gran departamento blanco y su madre se hizo teñir los cabellos de un hermoso color oro nuevo. Antonieta dió una mirada asustada a esa cabellera llameante, que no reconocía.

—Antonieta, ordenó su madre, a ver, dime, ¿qué respondes cuando te preguntan dónde vivíamos el año pasado?

—¡Qué tonta eres!, decía Kampf, déjale la pieza vecina, ¿quién quieres tú que le pregunte a la niña, si no conoce a nadie?

—Yo sé lo que digo, respondía Madame Kampf, levantando la voz. ¿Y los criados?

—Si yo la oigo decir una palabra a los criados, tendrá que acordarse de mí, ¿en-

tiendes, Antonieta? Ella sabe que debe callarse y estudiar sus lecciones, nada más. No se le pide otra cosa...

Y dirigiéndose a su mujer:

—No es ninguna tonta, ¿sabes?

Pero apenas él se iba, Madame Kampf volvía a insistir:

—Si te preguntan cualquier cosa, Antonieta, debes decir que nosotros vivíamos en el Mediodía, todo el año... No tienes para qué precisar si era en Cannes o en Niza, di solamente el Mediodía... a menos que te interroguen; entonces es preferible decir que en Cannes, es más distinguido... Pero, naturalmente, tu padre tiene razón, sobre todo es preciso que te calles. Una niña debe hablar lo menos posible con las personas grandes.

Y luego la despedía con un movimiento de su hermoso brazo desnudo, un poco grueso, en el cual brillaba la pulsera de diamantes que su marido acababa de regalarle y que no se sacaba sino para bañarse.

Antonieta se acordaba vagamente de todo esto, mientras su madre preguntaba a la inglesa:

—Por lo menos, ¿tiene buena letra Antonieta?

—Sí, Mistress Kampf.

—¿Por qué?, preguntó tímidamente Antonieta.

—Porque, explicó Madame Kampf, explicó Madame Kampf

(Continúa en la pág. 48).



Antonieta se acordaba cuando hacía sus tareas, por la tarde, en la mesa del comedor, mientras Madame Kampf leía novelas, acodada bajo la lámpara...

Kampf, tú podrás ayudarme esta noche a despachar los sobres... Voy a mandar cerca de doscientas invitaciones, ¿comprendes? Y no las voy a hacer todas sola... Miss Betty, autorizo a Antonieta para que esta noche se acueste una hora más tarde que de costumbre... Supongo que estarás contenta, dijo, volviéndose hacia su hija.

Pero como Antonieta callaba, entregada de nuevo a sus ensueños, Madame Kampf levantó los hombros.

—Siempre está en la luna esta niña, comentó a media voz. Un baile. ¿No te sientes orgullosa al pensar que tus padres dan un baile? Tú no tienes un corazón grande, me temo, hijita, terminó, dando un suspiro y marchándose.

II

Esa noche, Antonieta, a quien la inglesa enviaba a acostarse de ordinario a las nueve en punto, se quedó en el salón con sus padres. Rara vez penetraba a esa pieza, de modo que miró con atención las cornisas blancas y los muebles dorados, lo mismo que cuando iba a una casa extraña. Su madre le señaló una mesita donde había tinta, plumas y un paquete de esquelos y sobres.

—Siéntate ahí. Voy a dictarte las direcciones. "¿Viene usted, amigo mío?", dijo en voz alta, volviéndose hacia su marido.

El criado quitaba la loza en la pieza vecina y desde hacía algunos meses los Kampf se trataban de "usted" delante de los domésticos.

Cuando el señor Kampf se hubo aproximado, Rosina murmuró: "Dile a ese criado, pues, que se vaya, ¿quieres? Me enerva..."

Luego, sorprendiendo una mirada de Antonieta, enrojeció y ordenó vivamente:

—Vamos, Jorge, ¡va a terminar luego! Levante lo que le queda y luego puede subir...

En seguida se quedaron silenciosos los tres, como clavados en sus sillas. Cuando el criado hubo partido, Madame Kampf suspiró.

—¡Ah!, detesto a Jorge, no sé por qué. Cuando sirve en la mesa y lo siento detrás de mí, se me quita el apetito... ¿Por qué sonríes como una tonta, Antonieta? Vamos, trabajemos. ¿Tienes la lista de los invitados, Alfredo?

—Sí, dijo Kampf; pero espérate que me saque el vestón; estoy muy acalorado.

—Pero no lo vayas a dejar aquí como otras veces..., dijo su mujer. Me he fijado muy bien en la cara de Jorge y de Lucía cuando ven que entras al salón en mangas de camisa; esto les parece extraño...

—Me río de la opinión de los criados, refunfuñó Kampf.

—Haces muy mal, amigo mío; son ellos los que crean las reputaciones, yendo de una casa a otra y murmurando... Yo no habría sabido jamás que la baronesa del tercer piso...

Bajó la voz y murmuró algunas palabras que Antonieta no alcanzó a oír, a pesar de todos sus esfuerzos.

—...si no hubiera sido por Lucía, que estuvo tres años empleada en su casa...

Kampf sacó del bolsillo una hoja de papel llena de nombres y de palabras borradas.

—Comenzaremos por la gente que yo conozco, ¿no es eso, Rosina? Escribe, Antonieta: M. y Mme. Banyuls. No sé la dirección; tú, que tienes el anuario en la mano, irás buscando a medida que...

—Son muy ricos, ¿no es cierto?, murmuró Rosina, como con respeto.

—Mucho.

—Tú... ¿crees que querrán venir? Yo no conozco a Madame Banyuls.

—Yo, tampoco. Pero mantengo relaciones de negocios con el marido y esto basta... parece que la mujer es encantadora y que no la reciben en su mundo desde que ha estado mezclada en ese asunto... tú sabes, las famosas "partouzes" (1) del Bosque de Bolonia, hace dos años.

—Alfredo, fíjate que está la niña...

—Pero, si ella no comprende. Escribe, Antonieta... Es una buena mujer por quien comenzar...

—No olvides a los Ostier, dijo vivamente Rosina; parece que dan fiestas espléndidas...

—M. y Mme. Ostier d'Arrachon, con dos r, Antonieta... De éstos, yo no respondo. Son muy encopetados, muy... La mujer ha sido en sus tiempos...

Hizo un gesto.

—¿No?

—Sí. Conozco a alguien que la vió muchas veces en otro tiempo en una casa... cerrada de Marsella... sí, sí, te lo aseguro... Pero hace tiempo de esto, cerca de veinte años; su matrimonio la ha rehabilitado por entero, ahora recibe a gente muy distinguida y para sus relaciones es en extremo exigente... En general, al cabo de diez años, todas las mujeres que han rodado llegan a ser como ésta...

(CONTINUARA).

(1) Célebres escándalos promovidos con frecuencia en París, entre «demi-mondaines» y vividores, quienes llegaban en grupos hasta el Bois y después de poco recomendables escenas, cambiaban de parejas. (Nota del Traductor).

N.º 2

En este número:
EL MARINERO
DE
AMSTEL DAM.
cuento
de Guillaume
Appollinaire.



Adrian

lecturas



Baile

POR
IRENE
NEMIROVSKY
TRADUCCIÓN
DE
LUIS ENRIQUE
DELANO

(Continuación)

—Dios mío, suspiró Madame Kampf... qué difícil es esto...

—Se necesita método, querida... A la primera recepción se invita a todo el mundo, al mayor número que se pueda... Para la segunda o la tercera, se empieza a seleccionar... Para esta vez es preciso invitar sin contemplaciones...

—Pero si al menos estuviéramos seguros de que todos van a venir... Si hay alguien que rehusa venir, creo que me moriré de vergüenza...

Kampf arriesgó una risita callada, que más parecía una mueca.

—Si hay gentes que rehusan, tú las invitas a la próxima recepción y aun a la tercera... ¿Comprendes lo que te digo? En el fondo, para meterse en el gran mundo, hay que seguir al pie de la letra la moral del Evangelio...

—¿Qué?

—Si te dan una bofetada en una mejilla, pones la otra... El mundo es la mejor escuela de humildad cristiana.

—Yo me pregunto, dijo Madame Kampf, vagamente extrañada, de dónde sacas estas estupideces.

Kampf sonrió.

—Vamos, vamos, continuemos... En este pedazo de papel hay algunas direcciones que sólo tendrás que copiar, Antonieta...

Madame Kampf se inclinó sobre la espalda de su hija, que escribía sin levantar la frente:

—Es verdad que tiene una linda y bien formada letra... Dime, Alfredo, M. Julián Nassan, ¿no es ese que estuvo preso por un robo?...

—¿Nassan? Sí, el mismo.

—Ah, murmuró Rosina un poco descorazonada.

—Kampf agregó:

—¿Pero de dónde sales tú? Ha sido rehabilitado, se le recibe en todas partes, es un muchacho encantador y sobretodo un

gocio de primer orden...

—M. Julián Nassan, Avenida Hoche 23 bis, leyó Antonieta. ¿Después, papá?

—No hay más que veinticinco, gimio Madame Kampf: nunca tendremos doscientas personas, Alfredo...

—Si que las tendremos, no comiences a impacientarte. ¿Dónde está tu lista? Todas las personas que tú has conocido en Niza, en Deuille, en Chamoix, el año pasado.

Madame Kampf tomó una pequeña libreta de encima de la mesa.

El Conde Mooissi, M., Mme. y Mlle. Lévy de Brunelleschi y el Marqués de Itcharra; este es el gigoló de Madame Lévy, y se les invita siempre juntos...

—¿Pero existe el marido, al menos?, preguntó Kampf con airecillo de duda.

—Entiendo que son gentes muy distinguidas; todavía quedan marqueses, tú sabes, quedan cinco... El Marqués de Lignes y Hermosa, el marqués... Mira, Alfredo, ¿hay que darles el título cuando se les habla? Se me ocurre que es mejor, ¿no crees? Claro que nada de señor Marqués, como los criados, sino: querido marqués, mi querida condesa... sin esto nadie se dará cuenta de que recibimos a gentes con títulos...

—¿Te gustaría que pudiera colgárseles una etiqueta en la espalda?

—¡Oh!, qué chistes más idiotas... Vamos, Antonieta, acaba de copiar pronto todo esto, mi hijita...

Antonieta escribió un momento y luego leyó en voz alta:

—“Barón y baronesa Levinstein-Lévy, conde y condesa de Poirier”...

—Son Abraham y Rebeca los que han comprado ese título; ¿no crees que es estúpido hacerse llamar du Poirier? En cuanto a mí, yo...

Ella se aisló en un ensueño profundo.

—Conde y condesa Kampf, simplemente —murmuró—; esto no me parece nada de mal.

—Espera un poco, aconsejó Kampf, en unos diez años más, veremos...

Entretanto Rosina sacaba un desordenado montón de tarjetas de visita que había dentro de una copa de ma-laquita adornada con dra-gones chinos en bronce do-rado.

—Me gustaría saber quiénes son estas gentes, mur-muró: es un lote de tarjetas que recibí para el Año Nue-vo... Hay un montón de pe-queños gigolós que conocer en Deauville...

—Es preciso convidar al mayor número posible; es-tos gigolós contribuyen a hacer número, y si se visten bien...

—Oh, querido, tú bromeas, son todos condes, marqués, vizcondes por lo menos... Pero nunca acierto a darle a cada cual su nombre... todos se parecen. Pero en el fondo no importa; tú has visto cómo se hacía en casa de los Rothwan de Fies-que... Se le dice a todo el mundo la misma frase: "es-

—¿Qué es lo que dices? Déjame ver. Si, tiene razón; Dios mío, Dios mío, estoy perdiendo la cabeza, Alfredo, te aseguro... ¿Cuántas llevas ya, Antonieta?

—Ciento setenta y dos, mamá...

—¡Ah, lo que pensába-mos!

Los Kampf exhalaban a dúo un suspiro de satisfac-ción y se miraron sonrien-do, como dos actores cuan-do son llamados por tercera vez a escena, con una ex-presión en que se mezclaban la felicidad y el triunfo.

—Esto va bien, ¿eh?

Antonieta preguntó tími-damente:

—Esta Mlle. Isabel Cos-sette, ¿es mi profesora?

—Sí, pero si...

—¡Oh!, exclamó Antonie-



—Si hay alguien que rehusa venir, creo que me moriré de ver-güenza, dijo Madame Kampf a su marido...

toy encantada"... y luego si hay que presentar una per-sona a otra, se esquiva el nombre... nunca se oye na-da. Toma, Antonieta, mi hi-jita, todo esto es fácil, las direcciones están anotadas en las tarjetas.

—Pero, mamá, interrumpió Antonieta: ésta es la tarjeta del tapicero...

ta, y entonces, ¿por qué la invitan?

La niña enrojeció de sú-bito, violentamente, al oír el seco "¿qué te importa a ti?" de su madre; pero luego Madame Kampf explicó, con cierto embarazo:

—Es una buena mujer... Es preciso tener contenta a la gente...

LOTERIA
— PARA GANAR BUENOS PREMIOS
LA CASA DE LA SUERTE BANDERA 240

mamita
proporcionará infinita alegría a su niño con sus cuentos de gran selección y mejor presentación.

mamita
debe llegar a su casa el día
SABADO 5 DE NOVIEMBRE
y después, cada quince días los
SABADOS

PRECIO:
0.40 Cts.

—Es más mala que la sarna, protestó Antonieta.

Mlle. Isabel, una prima de Kampf, profesora de música en varias casas de ricos comerciantes judíos, era una solterona lisa, erguida y tiesa como un paraguas, que enseñaba a Antonieta piano y solfeo. Corta de vista en exceso, no usaba jamás el "impertinente", porque tenía cierto orgullo en sus ojos bastante hermosos y en sus espesas cejas. Golpeaba la pieza de música con su enorme nariz carnosa, puntiaguda y azul con los polvos de arroz, y apenas Antonieta se equivocaba, le pegaba rudamente en los dedos con una regla de ébano, lisa y dura como su dueña. Era malévola e intrusa como una urraca. El día anterior de cada clase, Antonieta murmuraba fervorosamente en sus rezos de la noche (su padre se había convertido en la época de su matrimonio y Antonieta había sido criada en la religión católica): "Dios mío, haz que Mlle. Isabelle se muera esta noche".

—La chica tiene razón, hizo notar Kampf, sorprendido: ¿quién te obliga a invitar a esa vieja loca, cuando no puedes ni tragarla...?

Madame Kampf levantó la espalda cólericamente:

—Ah, tú no entiendes nada... ¿Cómo quieres que la familia se entere de la fiesta, entonces? ¿No te acuerdas de la cara de la tía Loridon, que se enojó conmigo porque me había casado con un judío, y de Julia Lacombe y del tío Marcial, y de todos los de la familia, que gastaban con nosotros un tonito protector, porque no teníamos tanto dinero como ellos?, ¿te acuerdas? ¡En fin, es muy sencillo, si no se invita a Isabel, si yo no sé que al día siguiente reventarán de envidia, prefiero no dar el baile! Escribe, Antonieta.

—¿Se bailará en los dos salones?

—Naturalmente, y también en la galería... tú sabes que nuestra galería es bastante bonita... y se hará adornar con una cantidad de canastillos de flores; verás qué espectáculo más bello presentará la galería, con mujeres en trajes de baile, adornados con hermosas joyas, y hombres de



Antonieta retrocedió y palideció más aún...

—¡Oh, no me gusta mucho esto!; el salón se parece así a un dancing.

—Pero actualmente esto se usa mucho; a las mujeres les encanta que las opriman con música... La cena, naturalmente, se hará en mesitas...

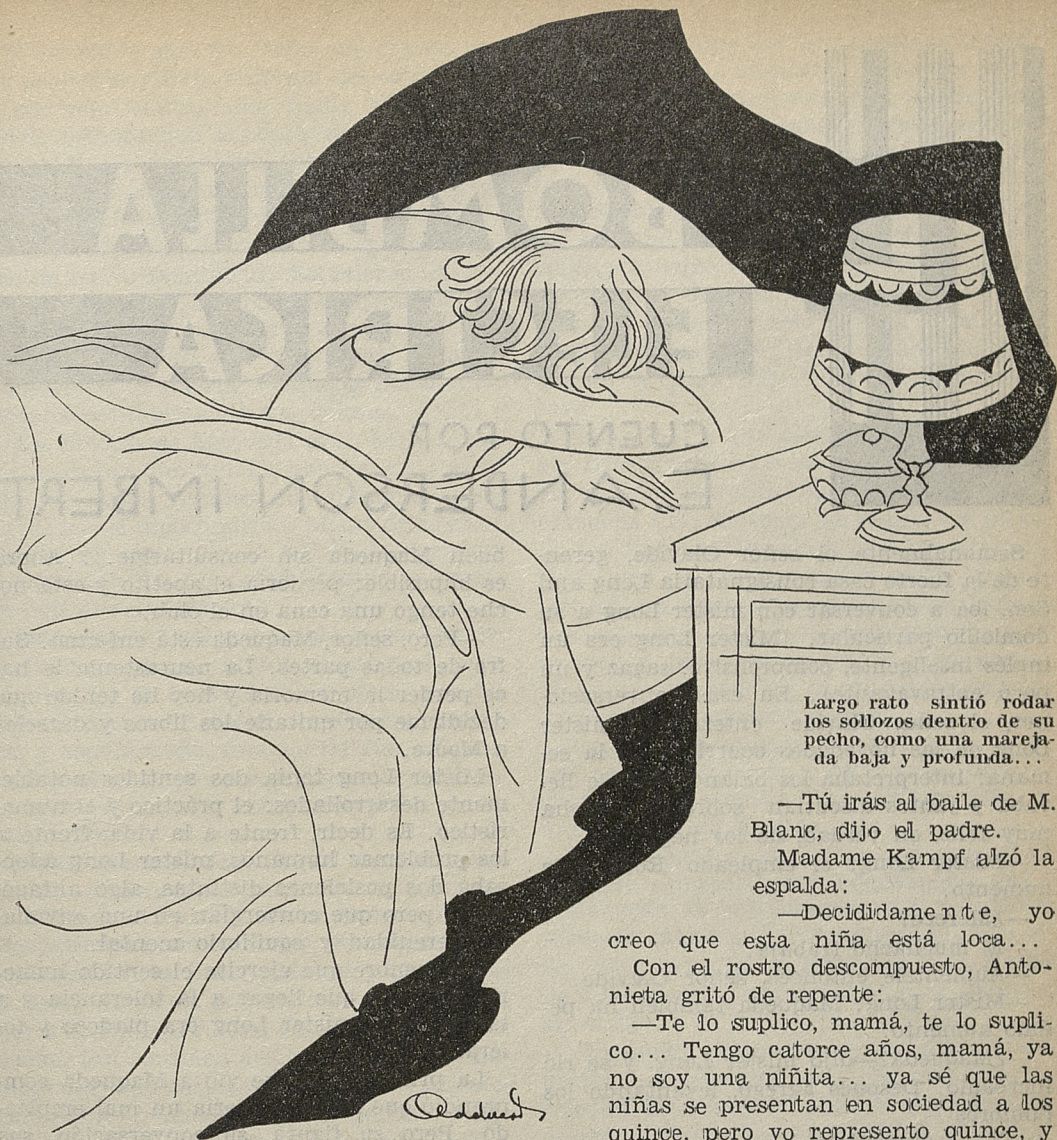
—¿Un bar, tal vez, para empezar?...

—Es una gran idea... Hay que hacer entrar en calor a la gente apenas llegue. Se podría instalar el bar en la pieza de Antonieta. Ella podría dormir en la pieza de costura o en el cuarto de los trastos viejos, al final del corredor. Como se trata sólo de una noche...

Antonieta se estremeció violentamente, y se puso muy pálida. Con voz baja, casi estrangulada, dijo:

—¿Acaso no podré quedarme en el baile siquiera un cuarto de hora?

Un baile... Dios mío, Dios mío; y a dos pasos de ella, esa cosa espléndida que Antonieta se imaginaba vagamente como una mezcla confusa de música loca, perfumes enloquecedores y brillantes toilets... palabras amorosas musitadas en un saloncito aislado, fresco y oscuro como una alcoba... Y que ella tuviera que acostarse



Largo rato sintió rodar los sollozos dentro de su pecho, como una marejada baja y profunda...

—Tú irás al baile de M. Blanc, dijo el padre.

Madame Kampf alzó la espalda:

—Decididamente, yo creo que esta niña está loca...

Con el rostro descompuesto, Antonieta gritó de repente:

—Te lo suplico, mamá, te lo suplico... Tengo catorce años, mamá, ya no soy una niñita... ya sé que las niñas se presentan en sociedad a los quince, pero yo represento quince, y el año próximo...

Madame Kampf estalló de súbito:

—¡Magnífico! ¡Esto es estupendo!, con una voz enronquecida por la cólera: venir al baile esta chiquilla, esta mocosa! ¿Han visto? Espérate, yo te quitaré ese delirio de grandeza, mi hijita... Ah, ¿tú crees que entrarás "en el mundo" el próximo año? ¿Quién te ha metido esas ideas en la cabeza? Es necesario que sepas, mi hijita, que yo comienzo recién a vivir, yo, entiendes, yo, y que no tengo ninguna intención de completarme de repente la vida con una hija casadera... No sé por qué me contengo y no te tiro las orejas para cambiarte esas ideas, continuó en el mismo tono, haciendo un movimiento hacia Antonieta.

Antonieta retrocedió y palideció más aún; la expresión extraviada, desesperada de sus ojos, movió a Kampf a la piedad.

(Continúa en la página 56).

ese día, como de costumbre, a las nueve de la noche, como un bebé... Tal vez los invitados que sabían que los Kampfs tenían una hija, preguntarian dónde estaba; y su madre respondería con su risita detestable: "Oh, pero si ella está durmiendo desde hace rato..." Y sin embargo, ¿qué mal podía causarle que Antonieta tuviera también su ración de felicidad en la tierra?... ¡Oh, Dios mío, bailar una vez, sólo una, con un lindo vestido como una verdadera jovencita, aprisionada entre los brazos de un hombre...! Ella repitió con una especie de desesperada audacia, cerrando los ojos, como si apoyara contra su pecho un revólver cargado.

—Sólo un breve cuarto de hora, ¿quieres, mamá?

—¿Qué?, gritó Madame Kampf, estupefacta, repite eso...

Empresa Letras

EDITORES — DISTRIBUIDORES — LIBREROS

se ha hecho cargo de la distribución exclusiva de los

Folletines de "EL MERCURIO"

y ofrece a usted la elección entre los siguientes títulos y a los precios que se indican:

«CORAZONES ENEMIGOS», interesante novela de M. DELLY \$ 3,00

BODA OFICIAL, por R. H. Savage	\$ 1,50
EL ROMANCE DE UNA FEA, por C. Feval	\$ 1,50
LOS BUHOS DE LAS PEÑAS ROJAS, por M. Delly	\$ 1,50
IRENE, por O. Cantacuzene-Aitleri	\$ 1,50
LA CASA DEL CONDENADO, por Pierre Zaccane	\$ 3,—
MARGARITA, por Brada	\$ 1,50
EL PORVENIR DE ALINA, por H. Greville	\$ 1,50
EL MOLINO SILENCIOSO, por H. Sudermann	\$ 1,50
ESCLAVA... O REINA, por M. Delly	\$ 1,50
LA FRESNAIE, por M. Aigueperse	\$ 1,50
ASTRA, por Carmen Sylva	\$ 1,50
LAS DOS CUNAS, por E. Richebourg	\$ 3,—
LA RUEDA DEL MOLINO, por Trilby	\$ 1,50
LA ESFINGE BLANCA, por Guy de Chantepierre	\$ 1,50
UN CORAZON DE MUJER, por Paul Bourget	\$ 1,50
EL REGRESO, por Trilby	\$ 1,50
EL TUTOR, por Charles Foley	\$ 1,50
EL SECRETO DEL LUZETTE, por M. Delly	\$ 1,50

Los FOLLETTINES DE «EL MERCURIO» contienen novelas de las más interesantes y amenas escritas en el mundo. Su lectura distrae. Los catorce años de existencia de los folletines de «El Mercurio» son una prueba evidente del agrado con que en todos los hogares se leen estas amenas y sanas novelas.

Todas estas obras están en venta en librerías y puestos de revistas del país a los precios que se indican. Se atienden pedidos directos contra envío del valor en estampillas de correo, giro o letra a

«EMPRESA LETRAS»

EDITORES — DISTRIBUIDORES — LIBREROS

Casilla 3327 — Huérfanos 1041 — Teléfono 82028
SANTIAGO DE CHILE

—Vamos, déjala, dijo, deteniendo la mano levantada de su mujer; está cansada y nerviosa la niña, no sabe lo que dice... anda a acostarte, Antonieta.

Antonieta no se movió; su madre la empujó suavemente por la espalda:

—Andate pronto y sin replicar; o si no, cuidado...

Antonieta temblaba entera, pero salió lentamente y sin una lágrima.

—Encantador, dijo Madame Kampf, cuando ella hubo partido; ésta promete. Es verdad que a su edad yo era muy parecida a ella, pero yo no seré como mi pobre mamá que nunca supo decirme que no... Yo la ablandaré, te respondo...

—Esto se le pasará durmiendo; estaba cansada; son ya las once y ella nunca se acuesta tan tarde. Debe ser esto lo que la puso nerviosa... Continuemos la lista, es más interesante, dijo Kampf.

III

En mitad de la noche, Miss Betty fué despertada por un ruido de sollozos en la pieza vecina. Encendió la luz y escuchó un momento, a través de la muralla. Era la primera vez que oía llorar a la pequeña; cuando Madame Kampf se enfurecía, Antonieta, por lo general conseguía retener sus lágrimas y no decía nada.

—What's the matter with you, child? Aro you ill?, preguntó la inglesa.

Los sollozos cesaron de inmediato.

—Supongo que su mamá la habrá retado; pero esto es para su bien, Antonieta... Mañana usted le pedirá perdón, se darán un beso y no se acordarán más; pero ahora hay que dormir, ¿quiere una taza de tillo caliente? ¿No? Podría responderme siquiera, niña, dijo cuando notó que Antonieta callaba obstinadamente. ¡Oh! dear, dear, es horrible una niña que se enfada; usted le está causando un gran dolor a su ángel guardián...

Antonieta murmuró, con una mueca: "inglesa cochina", tendiendo hacia la muralla sus débiles dedos crispados. Cochinos, egoístas, hipócritas, todos, todos... Les era enteramente igual que ella se sofocara, sola, en la sombra, de tanto llorar, que ella se sintiera miserable y sola como un perro extraviado... Nadie la quería, ni un alma en el mundo... Pero no veían, pues, los ciegos e imbéciles, que ella era mil veces más inteligente, más distinguida, más profunda que todos ellos, que pretendían darle grandeza, instruirle... Nuevos ricos groseros, incultos... ¡Ah! Cómo se había reído de ellos toda la velada y, claro está, no se habían dado cuenta... Ella podía

llorar o reír ante sus ojos y ni siquiera se dignaban mirarla... Una chiquilla de catorce años, una mocosa, es algo despreciable y bajo como un perro... ¿Con qué derecho ellos la mandaban a acostarse, la castigaban, la injuriaban? "Ah, me gustaría que se murieran". A través de la muralla se oía dormir, respirando dulcemente, a la inglesa. De nuevo Antonieta comenzó a llorar, pero más bajito, saboreando las lágrimas que corrían por las comisuras de su boca y se deslizaba al interior de los labios; de pronto un extraño placer la envolvió; por primera vez en su vida lloraba así, sin gestos ni hipos, silenciosamente, como una mujer. . . Más tarde ella lloraría por amor las mismas

lágrimas... Largo rato sintió rodar los sollozos dentro de su pecho, como una marejada baja y profunda... su boca mojada de lágrimas tenía un sabor de sal y de agua... Encendió la lámpara y se miró curiosamente al espejo. Tenía los párpados hinchados, los ojos colorados y ojerosos. Como una niña abatida. Estaba fea, fea... Entonces de nuevo se puso a sollozar.

"Quisiera morir, Dios mío, haced que muera... Dios mío, Santísima Virgen, ¿por qué me habéis hecho nacer entre ellos? Castigadlos, os lo suplico... Castigadlos una sola vez, y luego moriré tranquila"...

Se detuvo y dijo de repente en alta voz:

(CONTINUARA).

Las Rosas de Invierno

(Continuación)

a pasar. Miguel se despidió sin permitir que se despertase a la enferma. La figurita de ángel estaba pálida como las rosas de invierno.

—Adiós, para siempre— balbuceó Mónica.

Miguel la miró.

—¿Por qué para siempre? — corrigió. — He venido sin definir mi deseo. Ha sido como una especie

de sortilegio... Volveré.

—¡Oh!... ¿Cuándo?

La exclamación era tan espontánea, tan infantil, que Miguel no pudo reprimir una sonrisa... El joven tomó la diminuta mano de Mónica y sintió que temblaba bajo sus labios.

—Cuando "tú" quieras...

—dijo él en voz baja.

—¡Oh!... Yo quisiera..., yo quisiera...

Pero se interrumpió... y sus negras pestañas formaron una sombra sobre sus mejillas que habían vuelto a sonrosarse. Su rostro seguramente había tenido la misma expresión de encanto que cuando en su niñez se le hablaba de las hadas que conceden a los mortales el imposible delicioso...

... Y la tía Noelia y sus rosas han realizado otro matrimonio de amor.

GUY CHANTEPLEURE.

**Un incendio puede
transformar en
ruina su prosperidad
de hoy:**

**SEA
PREVISOR**

**Y
EVITELO HOY**

Su imprevisión lo dejará en la miseria si no evita las consecuencias de una catástrofe.

Asegure sus muebles, edificio o cualquier otro efecto en las Compañías Nacionales de Seguro:

**LA REPUBLICA
LA ESTRELLA
LA CORDILLERA
LA INDUSTRIAL
LA MINERVA**

Contra riesgos de incendio, Accidentes del Trabajo, Lucro Cesante, de Transportes, sementeras.

Capital y Fondos:

\$ 15.000.000

SANTIAGO

**Agustinas N.o 1137.
Teléfono 83920
Casilla 493**

**Busque a nuestros
agentes en todo el
país.**

Gerente:

Luis Kappes G.

EMPRESA LETRAS

**ha establecido su
AGENCIA
para
VALPARAISO
y
VIÑA DEL MAR
en**

**Cochrane 585
Casilla 55-V.
Teléfono 2548
VALPARAISO.**

Reclutados



N.º 3

En este número:
LA CIUDAD OCIOSA
cuento por
LORD DUNSANY

Odyssey



El baile

(Continuación)

POR
IRENE
NEMIROVSKY
TRADUCCIÓN
DE
LUIS ENRIQUE
DELANO

DESPUES de todo me parece que son mentiras el buen Dios y la Virgen, mentiras como esos buenos padres de que habían los libros y como la edad feliz...
¡Ah, sí, la edad feliz, ¡qué mentira, qué mentira! Y reptó rabiosamente mordiéndose las manos tan fuerte que las sintió sangrar bajo sus dientes:
“Feiz... feliz... me gustaría más estar muerta, en el fondo de la tierra”...

La escavitud, el encierro, repetir a las mismas horas todos los días, los mismos gestos... Lavarse vestirse... con los vestiditos oscuros, las toscas botas, las medias listadas, que eran como una librea, como una señal para que nadie en la calle se fijara ni un momento en esa mocosa insignificante que pasaba... Imbéciles no veréis nunca más esta carne de flor y estos párpados lisos, intactos, frescos y estos bellos ojos asustados audaces, que llaman, ignoran, esperan... Nunca nunca más... Esperar... y esos malos deseos... ¿Por qué esa envidia vergonzosa, desesperada, que roe el corazón al ver pasar a dos enamorados en el crepúsculo, que se besan al andar y vacían dulcemente, como borrachos...? ¿Un odio de solterona, a los catorce años? Ella está segura, sin embargo, que gozará de eso; pero falta mucho, acaso no vendrá nunca y entretanto, la vida estrecha, vacía, humillada, las tareas, la dura disciplina, los gritos de su madre...

“Esta mujer, esta mujer que se ha atrevido a amenazarme!”

Expresamente dice en voz alta:

“No se habría atrevido...”

Pero se acordaba de la mano levantada.

“Si me hubiera tocado, la habría arañado, molido, y luego... siempre se puede arrancar... y para toda la vida... la ventana...”, pensó afiebradamente.

Se vió caída en la acera, ensangrentada... Nada de baile el 15... Se diría: “Esta muchacha bien podría haber escogido otro día para matarse... Como su madre había dicho: “Quiero vivir yo, yo...” Al fondo, tal vez era esto lo que le causaba más daño que todo...

Nunca hasta entonces Antonieta había visto en los ojos de su madre esa fría mirada de mujer, de enemiga...

“Cochinos, egoístas; soy la que quere vivir, yo, yo, que soy joven yo... Ellos me roban, me roban mi parte de felicidad en la tierra... ¡Oh!, entrar en ese baile, por los efectos de un milagro, ser la más hermosa, la más llamativa, tener a los hombres a sus pies!...”

Antonieta murmuró:

“¿Usted la conoce? Es Mlle. Kampf. No se puede decir que sea bonita, si usted quiere, pero es extraordinariamente encantadora... y tan fina... eclipsa a todas las demás; ¿no es cierto? En cuanto a su madre, a su lado parece una cocinera...”

Apoyó la cabeza en el almohadón húmedo por las lágrimas y cerró los ojos; una especie de tibia y lánguida voluptuosidad aflojaba dulcemente sus miembros. Se tocó el cuerpo a través de la camisa con sus dedos ligeros, tierna y tímidamente... Lindo cuerpo preparado para el amor... Murmuró.

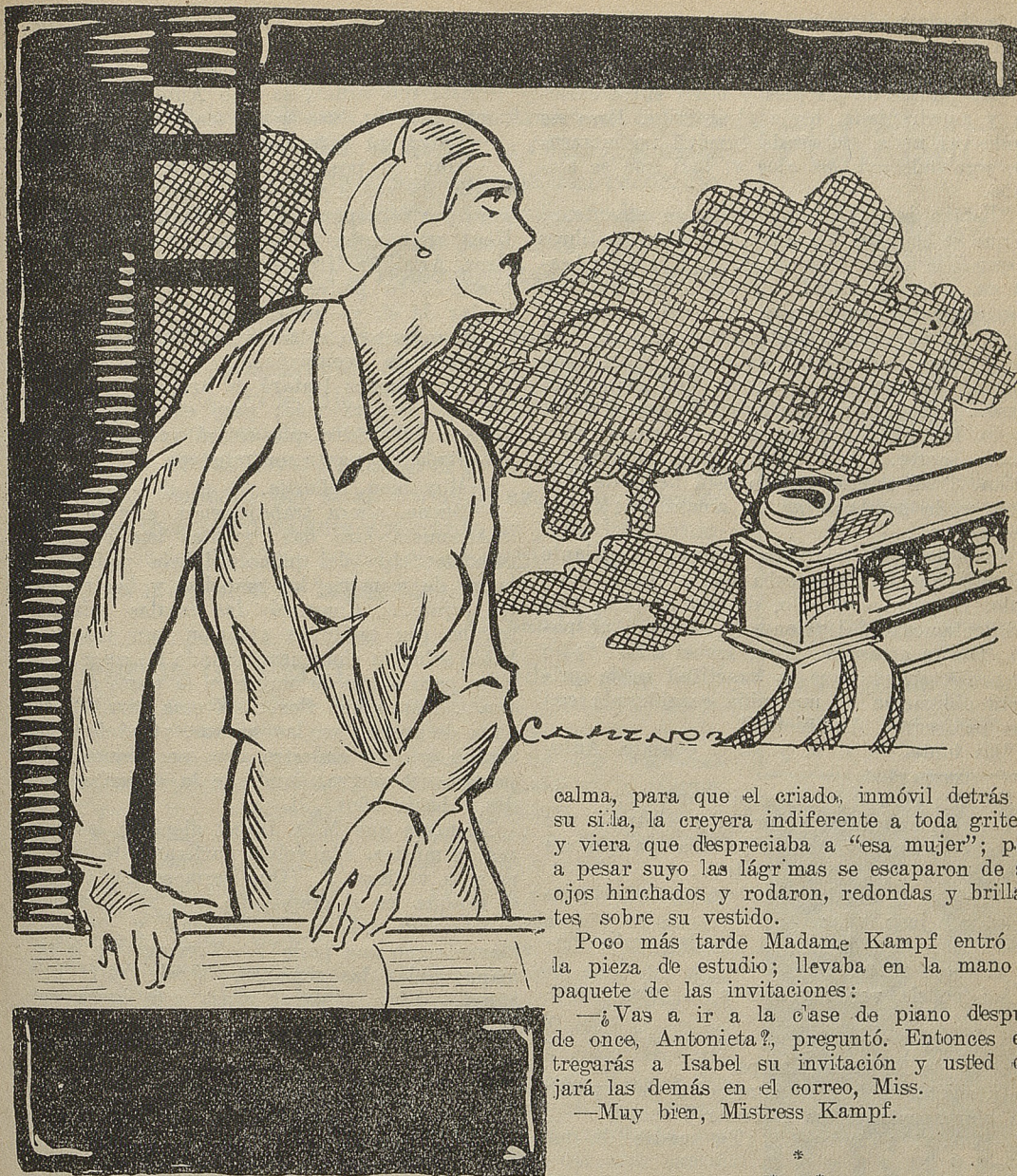
—Quince años, ¡oh, Romeo!, la edad de Julieta...

Cuando ella tenga quince años, el mundo tendrá un gusto distinto...

IV

Al día siguiente, Madame Kampf no habló a Antonieta de la escena de la víspera; pero durante el almuerzo hizo sentir a su hija su mal humor, mediante una serie de breves reprimendas, que reflejaban su cólera.

—¿En qué estás pensando, que te cuega ese labio? Cierra la boca, respira por la nariz. Qué desagradable es para sus padres una hija que siempre está en la luna... Pon, pues, atención, pero, ¿cómo estás comiendo? Apuesto que ya has ensuciado el mantel... ¿No puedes comer decentemente con los años que tienes? Y no muevas las aletas de la nariz, por favor, hija... debes acostumbrarte a escuchar las observaciones sin poner esa ca-



calma, para que el criado, inmóvil detrás de su silla, la creyera indiferente a toda gritería y viera que despreciaba a "esa mujer"; pero a pesar suyo las lágrimas se escaparon de sus ojos hinchados y rodaron, redondas y brillantes sobre su vestido.

Poco más tarde Madame Kampf entró en la pieza de estudio; llevaba en la mano el paquete de las invitaciones:

—¿Vas a ir a la clase de piano después de once, Antonieta?, preguntó. Entonces entregarás a Isabel su invitación y usted dejará las demás en el correo, Miss.

—Muy bien, Mistress Kampf.

*
* *
*

ra... ¿No te dignas responder?, ¿te has tragado la lengua? Y ahora vienes con tantos, continuó, levantándose y arrojando la servilleta sobre la mesa; prefiero irme antes que estar mirándote la cara estúpida.

Salió golpeando fuertemente la puerta; Antonieta y la inglesa se quedaron solas, frente al cubierto deshecho.

—Termine pronto su postre, Antonieta, dijo la Miss; se va a atrasar para la clase de alemán.

Con mano temblorosa Antonieta se llevó a la boca el casco de naranja que acababa de pelar. Se puso a comer lentamente, con toda

La oficina de correos estaba llena de gente; M^{ss} Betty miró la hora:

—Oh, no tenemos tiempo es tarde; yo vendré sola al correo mientras usted está en casa mi hijita, dijo volviendo los ojos y las mejillas más rojas todavía que de ordinario; esto... le es igual, ¿no es cierto, Antonieta?

—Sí, murmuró Antonieta.

Y no dijo otra cosa; pero cuando Miss Betty, después de recomendarle que se apurara, la hubo dejado delante de la casa de M^{lle}. Isabel, Antonieta esperó un momento, escondida en el umbral de la puerta cochera, y vio

a la inglesa dirigirse rápidamente hacia un taxi detenido en la esquina de la calle. El coche pasó cerquita de Antonieta, que se alzó en las puntas de los pies y miró, entre curiosa y amedrentada, hacia el interior. Pero no pudo ver nada. Se quedó inmóvil un momento, siguiendo con los ojos el taxi que se alejaba.

“Estaba segura de que tenía un amante... y que se besaban sin duda, como en los libros y que él la decía: “Te amo”... ¿Y ella? ¿Acaso es... su querida?”, pensó Antonieta con una especie de vergüenza, de asco violento, mezclado de oscura tristeza: libre, sola con un hombre... qué feliz debe ser... sin duda irán al bosque. Me gustaría que mamá los viese..., ¡cuánto me gustaría!, murmuró apretando los puños; pero, no; los enamorados tienen suerte... son felices, están juntos, se besan... El mundo entero está lleno de mujeres y de hombres que se aman... ¿Y por qué yo no...?

Su bolsón de colegiala arrastraba delante de ella; que lo balanceaba con el brazo estirado. Lo miró con odio, dió un suspiro, volvió lentamente los talones y atravesó el patio. Iba ya atrasada. Mlle. Isabel diría: “¿No te han enseñado que la exactitud es la primera obligación de una niña considerada con sus profesores, Antonieta?”

“Es tonta, es vieja y fea”, pensaba Antonieta exasperada.

En voz alta, dijo, precipitadamente:

—Buenas tardes, señorita; me atrasé por causa de mamá; no es culpa mía, ya que me encargó que le entregara esto...

Mientras le pasaba el sobre, agregó repentinamente inspirada:

—Ella quiere que usted me deje salir cinco minutos antes...

Así podría ver regresar a la miss acompañada.

Pero Mlle. Isabel no la oía, leyendo la invitación de Madame Kampf.

Antonieta notó que enrojecían de repente sus alargadas mejillas morenas y secas.

—¡Cómo! ¿Un baile? ¿Tu madre da un baile?

Dió vueltas y vueltas la tarjeta entre sus dedos y luego se rozó con ella suavemente el dorso de la mano, para saber si estaba grabada o impresa soamente; eso significaba cuando menos cuarenta francos de diferencia... Inmediatamente reconoció el grabado... Levantó los hombros malhumorada. Esos Kampf habían sido siempre de una vanidad y de una prodigalidad verdaderamente locas... Antes, cuando Rosina trabajaba en el Banco de París (y no hacía mucho tiempo de eso, vive Dios!), derrochaba todos los meses su sueldo entero en trajes... usaba ropa interior de seda... guantes nuevos todas las semanas. Pero ella iba a las casas de cita, sin duda... Unicamente esas mujeres tenían suer-

te... Las otras.... Isabel murmuró con amargura:

—Tu madre ha tenido siempre suerte...

“Está que arde”, se dijo Antonieta, y preguntó con un leve gesto malicioso:

—Usted irá seguramente; ¿no es cierto?

—Haré lo posible, porque tengo verdadero antojo de ver a tu madre, dijo Mlle. Isabel; pero por otra parte no sé todavía si pueda... Unos amigos, los padres de una alumna, los Gros, Aristides Gros—el antiguo jefe del Gabinete—, tu padre seguramente habrá oído hablar de él, yo los conozco desde hace años, me han invitado al teatro, y les he prometido formalmente acompañarlos; ¿comprendes?... De todos modos trataré de arreglarlo, concluyó, sin precisar más; pero en todo caso le dirás a tu madre que estaré verdaderamente encantada de pasar un rato con ella...

—Muy bien, señorita.

—Bueno, ahora trabajaremos, siéntate.*.

Antonieta hizo dar vueltas lentamente el piso de felpa del piano. Habría podido dibujar de memoria las manchas y las roturas del tejido... Comenzó las escalas mientras miraba con taciturna atención un vaso que había sobre la chimenea, pintado de color amarillo, pero negro de mugre en la parte de dentro... Nunca una flor... Y esas horribles cajitas de concha en las repisas. ¡Qué feo, miserable y casi siniestro era ese pequeño departamento negro, donde se la obligaba a ir desde hacía años...!

Mientras que Mlle. Isabel disponía las piezas de música, ella volvió furtivamente la vista a la ventana... (Qué hermoso debía estar el Bosque en el crepúsculo, con sus desnudos y delicados árboles de invierno, y ese cielo blanco como una perla)... Tres veces a la semana, todas las semanas, desde hacía seis años... ¿Iría a durar acaso esto hasta que se muriera?

—Antonieta, Antonieta, ¿cómo pones las manos? Empleza eso de nuevo por favor... ¿Y habrá mucha gente en casa de tu madre?

—Entiendo que mamá ha invitado a unas doscientas personas.

—¡Ah! ¿Y cree que le cabrán? ¿No teme que haga demasiado calor, que esté muy estrecho? Toca más fuerte, Antonieta, con más nervio; tienes la mano izquierda, niña... Estudiarás esta escala para la próxima clase y el ejercicio número 18 del tercer cuaderno de Czerny...

Las escalas, los ejercicios... durante meses de meses: la *Mort d'Asc*, las *Chansons sans paroles* de Mendelssohn, la *Barcarola* de los Cuentos de Hoffmann... Y bajo sus dedos tiosos de colegiala todo ello se confundía en una especie de clamor deforme y estrepitoso...

Mlle. Isabel llevaba fuertemente el compás con una libreta enrollada en sus manos.

(Continúa en la pág. 58).



Para que nadie se fijara en la calle en la
mocosa insignificante...

—¿Por qué apoyas así los dedos en las telas? *Staccato, Staccato...* ¿Crees que no veo cómo tienes el anular y el dedo del corazón? ¿Diecias personas, dices? ¿Tú las conoces a todas?

—No.

—¿Tu madre va a ponerse el nuevo vestido rosado de Premet?

—.....

—¿Y tú? Supongo que asistirás al baile. Ya estás grande...

—No sé, murmuró Antonieta con un estremecimiento doloroso.

—Más rápido, más rápido... eso debe ser tocado en este compás... uno, dos; uno, dos; uno, dos... ¿Pero que estás durmiendo, Antonieta? Sigue, hijita...

Seguir... ese trozo lleno de sostenidos, como para equivocarse a cada rato... En el departamento vecino llora un niño... Mlle. Isabel ha encendido la lámpara... Afuera el cielo se ha ensombrecido, borrado... La campana del reloj suena cuatro veces. Otra hora perdida, sombría, que se ha escabullido entre los dedos como el agua, y que no volverá más... "Quisiera irme muy lejos, o morir..."

—¿Estás cansada, Antonieta? ¿Ya? A tu edad yo tocaba seis horas diarias... Espera, pues, un poco, no andes tan ligero, como si

estuvieras apurada... ¿A qué hora tendré que ir al 15?

—Está anotado en la tarjeta. A las diez.

—Está bien. Pero te veré antes.

—Sí, señorita...

Afuera la calle estaba vacía. Antonieta se apoyó contra la muralla y esperó. Al cabo de un instante reconoció los pasos de Miss Betty, que se apresuraba, del brazo de un hombre. Antonieta se puso por delante y tropezó contra la pareja. Miss Betty lanzó un grito.

—Oh, Miss, la esperaba desde un cuarto de hora...

Tuvo la rápida visión del rostro de la Miss desfigurado de tal manera que se detuvo como si vacilara, antes de reconocerla. Pero ella casi no miraba esa boquita lastimosa abierta, mar-

chita como una flor destrozada por mirar ávidamente "al hombre".

Era muy joven. Un estudiante. Acaso un colegial con ese dulce labio hinchado por las primeras afeitadas... Hermosos ojos audaces... Fumaba. Mientras que la Miss balbuceaba algunas excusas, él dijo tranquilamente, en alta voz:

—Presénteme, pues, prima.

—Mi primo, Antonieta, balbuceó Miss Betty.

Antonieta tendió la mano. El muchacho se rió un poco y luego calló; después pareció reflexionar y, finalmente, propuso:

—Las acompaño, ¿quieren?

Descendieron los tres en silencio por la callejuela vacía y negra. El viento traía hasta el rostro de Antonieta una brisa helada, húmeda de lluvia, como un rocío de lágrimas. La chica disminuyó el paso, miró a los enamorados que marchaban delante de ella silenciosos y apretados el uno contra el otro. ¿Qué rápidos caminaban!... Ella se detuvo. Ni siquiera volvieron la cabeza. "Si me atropella-

ra un automóvil no se darían cuenta", pensó con singular amargura. Un hombre tropezó con ella al pasar; Antonieta retrocedió con un poco de miedo. Pero era el encendedor de faroles y ella pudo ver cómo los tocaba con su larga caña y éstos se encendían bruscamente en la noche... Todas esas luces que parpedeaban y vacilaban como velas puestas al viento... Echó a correr con todas sus fuerzas.

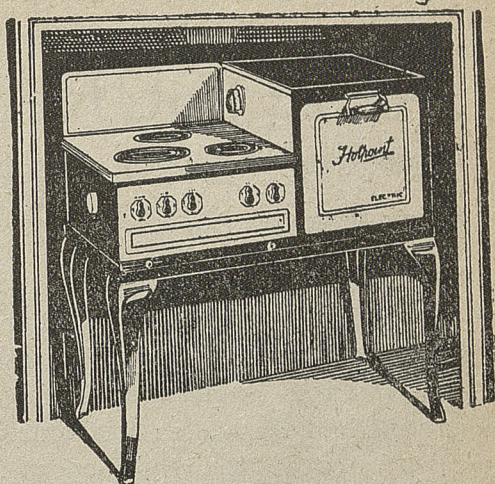
Encontró a los enamorados delante del puente de Alejandro III. Se hablaban ansiosamente, en voz muy baja, con las caras casi juntas. Al ver a Antonieta el muchacho hizo un gesto de impaciencia. Miss Betty se turbó un poco, pero tuvo una repentina inspiración, abrió su cartera y sacó el paquete de sobres.

—Tome, linda, las invitaciones de su mamá, que todavía no he podido dejar en el correo... Corra ligerito hasta esa cigarrería, ahí, en la callecita de la izquierda... ¿ve la luz?, y las echa al buzón. Nosotros la esperamos aquí...

Puso el paquete ya preparado en la mano de Antonieta y se alejó precipitadamente. Antonieta la vió detenerse de nuevo en medio del puente y esperar al muchacho, con la cabeza baja. Ambos se apoyaron contra la baranda.

Antonieta no se movió de su puesto. A causa de la oscuridad no veía sino dos sombras confusas y todo negro y lleno de reflejos alrededor del Sena. Cuando se besaron, Antonieta adivinó más que vió el doblegamiento, la lánguida caída de un rostro sobre el otro; pero ella se retorció las manos como una mujer celosa... Con el movimiento que hizo, uno de los sobres cayó al suelo. Tuvo miedo y se apresuró a recogerlo, pero en ese instante sintió vergüenza de su miedo: ¿qué?, ¿estar siempre temblando como una niña? Así no era digna de llamarse mujer. ¿Y esos dos que se besaban siempre? No habían despegado los labios... Una especie de vértigo se apoderó de ella, una necesidad salvaje de ser valiente, atrevida y mala. Con los dientes apretados, cogió todos los sobres, los arrugó entre sus manos, los despedazó y los arrojó todos juntos al Sena. Durante un largo rato, con el corazón dilatado, los miró estrellarse contra el arco del puente. Y luego el viento acabó por llevárselos hasta el agua.

(Continuará).



APROVECHE

EL ÚLTIMO LOTE DE COCINAS

ELECTRICAS HOTPOINT

que queda en Chile.

Durante el mes de NOVIEMBRE

venderemos las últimas cocinas eléctricas importadas.

COMPañIA CHILENA DE

ELECTRICIDAD LTDA.

Plaza de Armas.

REVISTA NACIONAL
- CHILE -
- SECCION:
DIARIOS, PERIODICOS Y
REVISTAS CHILENAS -
N.º 4

En este número:

EL CURCO MELENDEZ

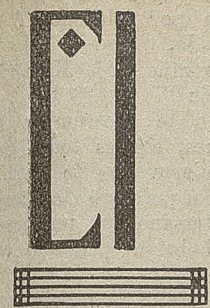
cuento por

JUAN MARIN



Adelantado

lecturas



Baile

(Continuación)

POR
IRENE
NEMIROVSKY
TRADUCCION
DE
LUIS ENRIQUE
DELANO

CUANDO Antonieta regresaba de su paseo con la Miss, eran cerca de las seis. Tocarón el timbre y nadie respondió; Miss Betty entonces golpeó. Detrás de la puerta se oyó un ruido de muebles arrastrados.

—Deben estar arreglando el guardarropa, dijo la inglesa. Esta noche es el baile; siempre se me olvida, ¿y a usted, qué-rida?

Sonrió a Antonieta con un aire de complacencia temerosa y tierna. Si embargo, no había vuelto a ver, delante de la niña, a su joven amante; pero desde esa última entrevista Antonieta se mostraba hasta tal punto taciturna que llegaba a inquietar a la Miss por su silencio y sus miradas...

Un crinado abrió la puerta.

Inmediatamente Madame Kampf, que en el comedor vecino vigilaba el trabajo del electricista, estalló:

—¿No podían pasar por la escalera de servicio?, gritó con furia; muy bien han visto que se está instalando el guardarropa en la antecámara. Ahora todo hay que comenzar o a hacer de nuevo y esto no acabará nunca, continuó, mientras retiraba una mesa para ayudar al portero y a Jorge, que arreglaban la pieza.

En el comedor y la larga galería que seguía, seis mozos de pechera blanca disponían las mesas para la cena. Al dentro se había colocado el buffet, adornado entero con flores magníficas.

Antonieta intentó entrar en esa pieza, pero Madame Kampf gritó de nuevo:

—Por ahí no, por ahí no... Hemos puesto el bar en tu pieza, y la suya, Miss, está ocupada también; usted dormirá en el costurero por esta noche, y tú Antonieta, en el cuartito de los trastos viejos... en el extremo del departamento; ahí podrás dormir bien, ya que no se oye la música... ¿Qué está haciendo?, dijo al electricista que trabajaba con toda calma, canturreando. Usted ve que esta ampolleta no enciende...

—Pero si se necesita tiempo, mi buena señora....

—Rosina levantó los hombros irritada:

“...Tiempo, tiempo, y hace una hora que está en eso”, murmuró a media voz.

Al hablar apretaba violentamente las manos con un gesto tan parecido al de Antonieta cuando tenía rabia, que la chica, inmóvil en el umbral, se estremeció de súbito, como cuando uno se encuentra de improvisto ante un espejo.

Madame Kampf llevaba puesta una bata y los pies desnudos metidos dentro de las pantuflas; sus cabellos deshechos se retorcieron como serpientes alrededor de su rostro acalorado. De pronto se dio cuenta de que el florista, con los brazos llenos de rosas, trataba de pasar delante de Antonieta, que estaba pegada a la muralla:

—Con permiso, señorita.

—¡Vamos. quítate de ahí, pues!, gritó tan bruscamente que Antonieta, al retroceder, se estrelló con el hombre de las flores y una rosa cayó deshojada.

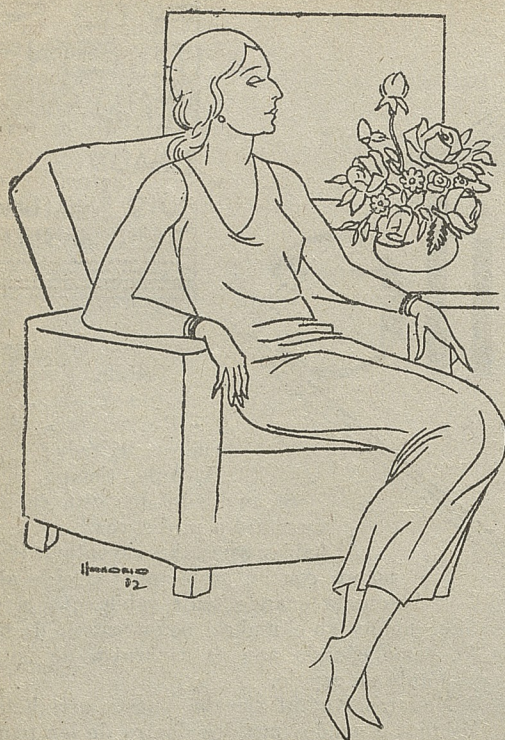
—Pero estás insostenible, continuó con voz tan fuerte que tintineó toda la cristalería encima de la mesa: ¿para qué estás aquí metiéndote entre las piernas de la gente y molestándolo a todo el mundo? Andate, ándate a tu pieza, es decir no a tu pieza sino al cuarto de las ropas o donde quieras. ¡Pero que no te vea ni te oiga más!

Una vez que hubo salido Antonieta, Madame Kampf atravesó rápidamente el comedor, el repostero lleno de recipientes para mantener helada la champaña, blancos de hielo, y llegó hasta el escritorio de su marido. Kampf te efoneaba. No bien terminaba de colgar el receptor, cuando ella estaba hablando:

—¿Pero qué es lo que haces que todavía no te has afeitado?

—¿A las seis de la tarde? ¡Pero estás loca!

—Son las seis y media y luego pueden ofrecerse muchos encargos a última hora; es mejor que esté todo lista.



Cerró los ojos y creyó ver unos labios jóvenes...

—Tú estás loca, repitió él con impaciencia: ahí están los criados para los encargos....

—¡Me gusta cuando comienzas a darte humos de aristócrata y gran señor!, dijo Rosina haciendo un desdénoso movimiento de hombros: "¡ahí están los criados...!"; guarda mejor esas maneras para tus invitados...

Kampf hizo crujir los dientes:

—¡Oh, no comiences a ponerte nervioso, hein!

—Pero, ¿cómo quieres tú, gritó Rosina con la voz humedecida por las lágrimas, cómo quieres que no esté nerviosa! Nada avanza como debiera; esas bestias de criados no tendrán nunca lista la casa! Tengo que andar metida en todas partes, vigilarlo todo, y así hace tres noches que no duermo; ya no puedo más, me parece que me voy a volver loca!...

Cogió un cenicero de plata y lo arrojó al suelo; esta violencia pareció calmarla un poco y sonrió avergonzada.

—No es culpa mía, Alfredo...

Kampf sacudió la cabeza sin responder. Cuando Rosina se iba, la detuvo:

—Escucha, quería preguntarte si has recibido alguna respuesta de los invitados.

—No, ¿por qué?

—No sé, me parece raro... Y parece que fuera de intento... Se me ocurrió preguntarle a Barthélemy si había recibido a invi-

tación y hace una semana que no lo veo en la Bolsa... Si le habra por teléfono...

—¡Ahora? Sería estúpido.

—De todos modos es extraño, dijo Kampf. Su mujer lo interrumpió:

—Esto significa que no se acostumbra a responder a las invitaciones, eso es todo. Se va o no se va... ¿Y quieres que te diga? Esto aún me alegra... porque significa que nadie ha pensado de antemano en portarse mal con nosotros... Se habrían excusado al menos, ¿no es así?

Como su marido no respondía una palabra, ella preguntó con impaciencia:

—¿No es cierto, Alfredo? ¿No tengo razón, ah? ¿Qué opinas tú?

—No sé... ¿Qué es lo que quieres que diga? Yo no sé al respecto más que tú...

Se miraron un momento en silencio. Rosina suspiró, bajando la cabeza.

—¡Oh, Dios mío! Una está como extraviada, ¿no es cierto?

—Eso pasará, dijo Kampf.

—Ya lo sé; pero mientras tanto... ¡Oh, si supieras el miedo que tengo! Quisiera que esto hubiera terminado ya...

—No te pongas nerviosa, repitió suavemente Kampf.

El mismo daba vueltas al corta-papeles entre sus manos, con un aire ausente. Recomendó:

Sobre todo, habla lo menos posible... y frases hechas... "Estoy encantada de verlo... Sírvese algo... Hace calor, hace frío..."

—Lo que me parece más terrible son las presentaciones, dijo Rosina con un tono inquieto... Piensa que a todas esas gentes, a quienes he visto una sola vez en mi vida, apenas si les conozco la cara... y que no se conocen entre ellas, que no tiene nada común...

—Eh, caramba, tú murmuras cualquier cosa. Al fin de cuentas, todo el mundo estará en nuestra casa, y todos han empezado alguna vez a actuar en sociedad.

—¿Te acuerdas, preguntó bruscamente Rosina, de nuestro pequeño departamento de la calle Favart? ¿Y lo que dudábamos cuando hubo que cambiar el viejo diván del comedor, que estaba roto e inservible? Hace sólo cuatro años de esto y mira... agregó mostrando los pesados muebles de bronce que los rodeaban.

—¿Quieres decir, preguntó Kampf, que de aquí a cuatro años recibiremos embajadores y entonces nos acordaremos de la noche que estábamos aquí, temblando porque iba a venir un ciento de macrós y de viejas descarradas? ¡Caramba!

Riendo, ella le tapó la boca con una mano.

—¡Cállate, cállate!

Al salir, Rosina tropezó con el maître

d'hotel, que venía a advertirle que los mozos no habían llegado con la champaña; el barman creía también que no tendría suficiente gin para los cocteles.

Rosina se tomó la cabeza a dos manos.

—¡Cero, magnífico, no faltaba más que esto, comenzó a clamar; ¿y usted no podía habérmelo dicho antes? ¿De dónde quiere que le saque gin a esta hora? Está todo cerrado... y los mozos...

—Manda a chofer, querida, aconsejó Kampf interviendo.

—El chofer se fué a comer, dijo Jorge.

—¡Naturalmente, gritó Rosina fuera de sí; naturalmente! Le da lo mismo que se le necesite o no; el señor sale, el señor se va a comer! Lo mandaré cambiar mañana a primera hora, agregó dirigiéndose a Jorge en un tono tan furioso, que éste inmediatamente se mordió los labios extendidos y afeitados.

—Si la señora dice eso por mí... comenzo.

—No, no, mi amigo, no, usted está loco... lo que dije se me escapó; usted ve que estoy nerviosa, dijo Rosina levantando los hombros; tome un taxi y váyase inmediatamente al depósito de Nicoás... Dale dinero, Alfredo...

Se dirigió rápidamente a su pieza, enderezando las flores mientras pasaba, y dando órdenes a los criados:

—Este asiento está mal colocado aquí... Levante un poco más la cola de ese faisán. ¿Dónde están los sandwiches de caviar? No los pongan tan adelante, que todo el mundo se anazará sobre ellos. ¿Y los pasteles de hígado? ¿Dónde están los pasteles de hígado? Apostaría que se olvidaron de los pasteles de hígado! ¡Si yo no meto la nariz en todas partes...!

—Pero si se está desenvolviendo el paquete, señora, dijo el maître d'hotel, mirándola con ironía mal contenida.

"Debo estar ridícula", pensó bruscamente Rosina, advirtiendo en el espejo su cara enrojecida, sus ojos extraviados, sus labios temblorosos. Pero, lo mismo que una niña fatigada, se daba cuenta de que, a pesar de todos sus esfuerzos, no podía calmarse: estaba ya agotada y próxima al llanto.

Entró en su pieza.

La doncella extendió sobre el lecho el vestido de baile de lamé plateado, adornado de espesas franjas de perlas; los zapatos que brillaban como joyas; las medias de muselina.

—¿La señora va a comer en seguida? Seguramente se hará servir aquí para no desarrugar las mesas...

—No, no tengo hambre, dijo Rosina en un arranque de cólera.

—Como la señora quiera; pero yo puedo ir a comer, al fin, ¿verdad?, dijo Lucía apre-

tando los labios. Pues Madame Kampf la había tenido durante cuatro horas cosiendo las perlas de su vestido, alineadas en las franjas. Debo hacer notar a la señora que son cerca de las ocho y que las personas no son animales.

—Pero vaya, hija, vaya; ¿acaso la retengo?, exclamó Madame Kampf.

Cuando estuvo sola, se dejó caer en el canapé y cerró los ojos; pero la pieza estaba heada como una cueva; se habían apagado los radiadores desde la mañana en todo el departamento. Ella se levantó y se dirigió al tocador.

"Estoy que doy miedo".

Comenzó a alicatarse minuciosamente el rostro: primero una espesa capa de crema que extendió y frotó con ambas manos, luego el rouge líquido en las mejillas, el negro en las cejas, la leve rayita que prolonga los párpados hacia las sienes, y los polvos... Se maquillaba con extrema lentitud, y de vez en cuando se detenía, tomaba el espejo y devoraba con los ojos su imagen, con una atención apasionada y ansiosa y miradas a la vez duras, desconfiadas y sagaces. Brusca- mente tomó con sus dedos un cabello blanco de las sienes y, haciendo una mueca violenta, lo arrancó. ¡Ah, la vida estaba hecha al revés!... Su rostro de los veinte años... sus mejillas en flor... y las medias llenas de zurecidos y la ropa blanca remendada... Aho-



No te pongas nerviosa, repitió suavemente Kampf.

El mismo daba vueltas al corta pa- peles entre sus manos.

ra joyas, vestidos, y las primeras arrugas... todo esto junto... Era necesario apurarse en vivir, en agradar a los hombres, en amar... ¡El dinero, los belos vestidos y los hermosos carruajes...? ¡De qué servía todo eso si no se tenía un hombre en la vida, un amante joven y hermoso?... ¡Cómo había esperado a este amante! Cuando era una pobre chiquilla había escuchado y seguido a los hombres que se hablaban de amor, porque andaban

bien vestidos y mostraban manos hermosas y cuidadas... ¡Qué degenerados. todos...! Pero no había cesado de esperar... Y ahora era la última oportunidad, los últimos años antes de la vejez, la verdadera, la irremediable, la irreparable... Cerró los ojos y creyó ver unos labios jóvenes y una mirada ávida y tierna, cargada de deseos...

(Terminará en el próximo número).



Cuando Antonieta regresaba de su paseo con la miss, eran cerca de las seis.



N.º 5

EN ESTE NUMERO:

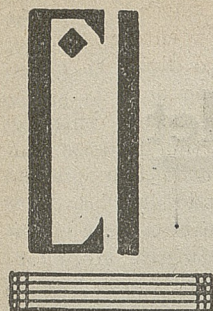
"TIFON"

Cuento por

Teodoro Plivier

lecturas

Adelantado



Baile

(Conclusión)

POR
IRENE
NEMIROVSKY
TRADUCCION
DE
LUIS ENRIQUE
DELANO

CON prisa, como si tuviera que ir a una cita de amor, se quitó la bata y comenzó a vestirse; se puso las medias, los zapatos, el vestido, con esa agilidad propia de las mujeres que toda su vida se han pasado sin doncel a. Las joyas... Tenía un cofre lleno... Kampf decía que era la manera más segura de invertir el dinero... Se dio dos vueltas que le cubrían la piel desde la muñeca hasta sus anillos y en cada brazo enormes pulseras que le cubrían la piel desde la muñeca hasta el codo; luego se prendió en el pecho un gran pendatif adornado de záfiro, de rubíes y de esmeraldas. Estada radiante, brillaba como una caja de cristales. Retrocedió algunos pasos y se miró al espejo, sonriendo dichosamente... ¡Al fin comenzaba la vida....! Esa misma noche, ¿por qué no?..

Antonieta y la Miss terminaron de comer, en una tabla de planchar apoyada sobre dos sillas en el cuarto de ropas. A través de la puerta se oía correr a los criados y un ruido de vajilla entrecrocada.

Antonieta no se movía, las manos apretadas entre las rodillas. A las nueve la Miss miró su reloj.

Hay que ir a acostarse al momento, mi hijita... desde su pieza no se oye la música y usted dormirá perfectamente bien.

Como Antonieta no respondía, le golpeó riendo las manos.

—Vamos, despierte, Antonieta. ¿Qué tiene?

Ella condujo hasta un cuartito donde se guardaban trastos viejos, obscuro y amoblado a la ligera con un catre de fierro y dos sillas.

Al frente, al otro lado del patio se veían las ventanas brillantes del salón y del comedor.

—Usted podrá ver bailar a la gente desde aquí; no hay postigos, bromeó Miss Betty.

Cuando la inglesa hubo salido. Antonieta apoyó la frente contra los vidrios, con miedo y avidez. Un gran trozo de muralla estaba ilumina-

nado por la claridad dorada y ardiente de las ventanas. Algunas sombras pasaban corriendo detrás de los vidrios de tul. Los criados. Alguien entreabrió una ventana y Antonieta pudo oír con claridad el ruido de los instrumentos que se afinaban en el fondo del salón. Ya habían llegado los músicos... Dios mío, eran más de las nueve...

Toda la semana ella había esperado vagamente una catástrofe que se tragara al mundo a tiempo para que no se descubriera lo que había hecho; pero la noche transcurría como todas las noches. En un departamento vecino un reloj dió la media. Todavía treinta minutos, tres cuartos de hora a lo sumo, y luego... Nada, no pasaría nada sin duda, puesto que cuando ellas volvieron ese día del paseo. Madame Kampf había preguntado, dirigiéndose a la Miss, con esa impetuosidad que gastaba y que hacía perder inmediatamente la cabeza a las personas nerviosas: "Y bien, ¿levó las invitaciones al correo? ¿no se le olvidó ninguna, está segura?" y la Miss habían respondido: "Sí, Mistress Kampf". Ciertamente era ella la responsable, ella sola... Y si la despedían del empleo, tanto peor, estaría bien hecho; eso le enseñaría...

"Me río, me río", balbuceaba. Y mordió rabiosamente sus manos, que, bajo los dientes firmes, sangraron.

"Y la otra podrá hacerme los que quiera: no tengo miedo, me río"

Miró el patio ennegrecido y profundo bajo la ventana.

"Me mataré y antes de morir diré que es por culpa de ella, eso es todo, murmuró; no le tengo miedo a nada, he tomado mi venganza de antemano..."

Comenzó a acechar de nuevo; bajo sus labios el vidrio se empañaba; lo frotó con violencia y volvió a pegar a él su rostro. Al fin, impacientada, abrió las dos hojas de la

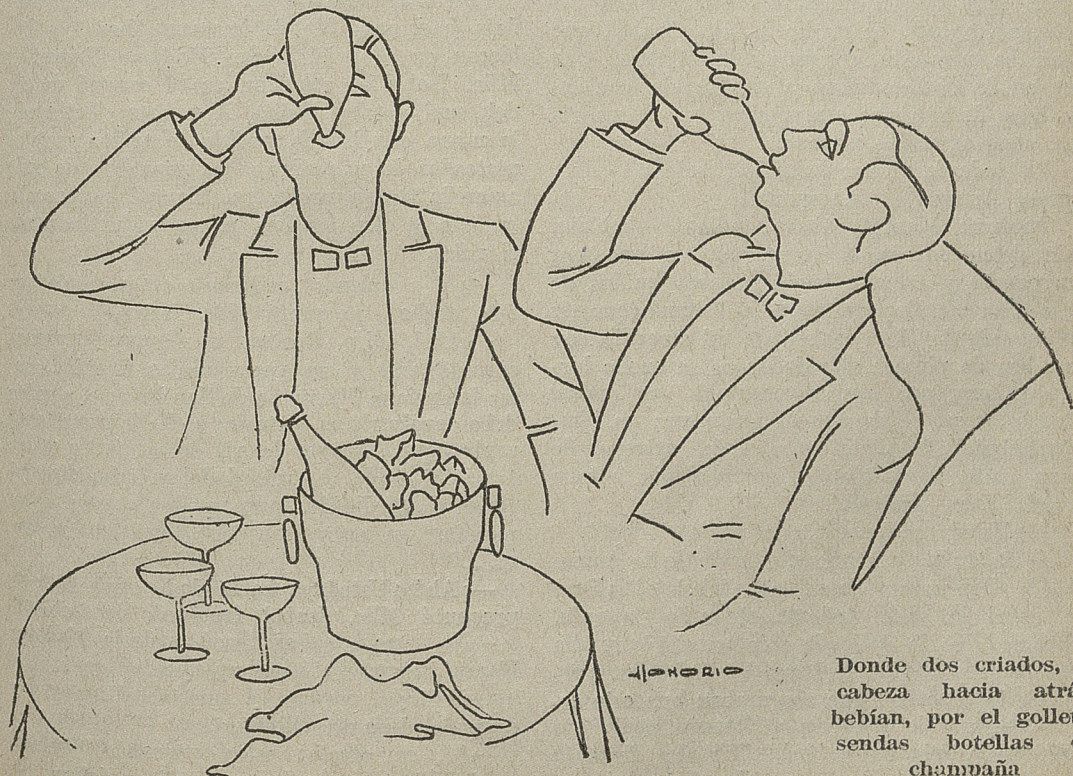
ventana. La noche estaba pura y fría. Ella veía claramente, con sus penetrantes ojos de quince años, las sillas alineadas a lo largo de la muralla, los músicos alrededor del piano. Permaneció inmóvil tanto rato que ya ni sentía las mejillas y los brazos desnudos. Hasta tuvo durante un momento una alucinación y pensó que nada había ocurrido, que había visto sólo en sueños el puente, el agua negra del Sena, las invitaciones desparramadas que volaban en el viento, y que los invitados iban a llegar por milagro y la fiesta iba a comenzar. Oyó sonar los tres cuartos y luego las diez... Las diez campanadas... Entonces se estremeció y se desizó fuera de la pieza. Se dirigía al salón como un asesino novicio que se siente atraído por el lugar de su crimen. Atravesó el corredor, donde dos criados, la cabeza echada hacia atrás, bebían, por el gollete, en sendas botellas de champaña. Antonieta llegó al comedor. Estaba desierto, todo listo, engalanado, con la gran mesa en el centro, cargada de pájaros de caza, de pescados en hielo, de ostras en fuente de plata y adornada con manteles de encajes de Venecia con flores realzadas frente a los asientos; las frutas, en dos pirámides iguales. Al rededor de ella, las mesitas para cuatro o seis personas brillaban de cristales, de fina porcelana de colores plata y rojo. Más tarde Antonieta no pudo

comprender jamás como se había atrevido a atravesar así, de extremo a extremo, esa gran sala rutilante de luces. A la entrada del salón vaciló un instante. Luego divisó en el saloncito vecino el gran canapé de seda y dejándose caer de rodillas se deslizó entre el respaldo del mueble y la cortina flotante; había ahí justamente un pequeño hueco donde podría permanecer encogiéndose los brazos y las rodillas; avanzando la cabeza veía el salón como un escenario de teatro. Antonieta temblaba dulcemente, entumecida aún por el largo rato que permaneciera ante la ventana abierta. En ese momento, toda la casa parecía adormecida, calmada, silenciosa. Los músicos hablaban en voz baja. Ella veía al negro con sus dientes brillantes, a una dama vestida de seda; veía címbalos parecidos a esos tambores de fiestas en las ferias y un violoncello enorme, parado en un rincón. El negro suspiró rozándose la boca con las uñas, con lo que produjo una especie de sonido de guitarra que boldonea y gime sordamente.

—Se empieza y se termina cada vez más tarde, ahora.

La pianista dijo algunas palabras que Antonieta no alcanzara a oír y que hicieron reír a los otros. Luego M. y Madame Kampf entraron de repente.

Cuando Antonieta los vió hizo un movi-



Donde dos criados, la cabeza hacia atrás, bebían, por el gollete sendas botellas de champaña

miento como para hundirse en la tierra; se aplastó contra la muralla, la boca escondida en el hueco de su codo doblado; pero oía los pasos que se aproximaban. Estaban casi al lado de ella. Kampf se instaló en un asiento frente a Antonieta. Rosina recorrió un instante la pieza y encendió las aplicaciones de la chimenea, que estaban apagadas. Refulgía con tantos diamantes.

—Siéntate, dijo Kampf en voz baja, es estúpido estar agitando así.

Rosina se instaló de tal manera que Antonieta que había abierto los ojos y avanzado la cabeza casi hasta tocar con las mejillas la madera del canapé, vió a su madre de pie frente a ella. Tenía en su cara imperiosa una expresión que Antonieta jamás le había notado: una especie de humildad, de fervor, de miedo...

—Anfredo, ¿tú crees que tendremos éxito?, preguntó con una voz pura y temblorosa de niña.

Alfredo no alcanzó a responder pues el sonido del timbre se oyó de pronto en todo el departamento.

Rosina se retorcó las manos.

—Oh, Dios mío, esto comienza, balbuceó como si se hubiera tratado de un terremoto.

Los dos se lanzaron hacia la puerta del salón, abierta de par en par.

Al cabo de un instante Antonieta los vió volver trayendo al medio a Mlle. Isabel, que hablaba muy alto, con una voz diferente, que no era la de costumbre, alta y aguda, con estallidos de risa que atravesaban sus frases, risa como aguzadas plumas.

"Y todavía yo me había olvidado de ésta", pensó Antonieta con espanto.

Madame Kampf, ahora radiante, hablaba sin detenerse; había recuperado su postura arrogante y feliz, y hacía furtivos guiños de ojo a su marido, mostrándole disimuladamente el vestido de Mlle. Isabel, de tul amarillo con un boa de plumas al redor de su cuello largo y seco, que ella atormentaba con ambas manos, como el abanico de Celimene; un "impertinente" de plata colgaba del extremo de una cinta de terciopelo naranja que estaba atada a su muñeca.

—¿Usted no conocía esta pieza, Isabel?

—No, es muy hermosa. ¿Quién se la amuebló? ¡Son maravillosos esos bibelots! ¿Pero a usted le gusta todavía el estilo japonés, Rosina? Yo lo defiendo siempre. El otro día les decía a los Bloch Levy, los Salomón, ¿ustedes lo conocen? que aseguraban que este estilo es insípido y reveía al "nuevo rico" (según su propia expresión): "Ustedes dirán lo que quieran, pero es un estilo alegre, vivo y

también más barato, por ejemplo, que el Luis XV, lo que no es un defecto, sino al contrario...

—Pero usted está completamente equivocada, Isabel, protestó Rosina con viveza: el chino antiguo, el japonés, alcanzan precios fabulosos... Así ese bibelot con sus pájaros...

—Un poco pasado de moda...

—Le costó a mi marido diez mil francos en el Hotel Drouot... ¿Qué digo? Diez mil francos, doce mil, ¿no es eso, Alfredo? Al principio yo misma me enfadé, pero no me duró mucho el enojo. Me encanta registrar, adornar; es mi pasión.

Kampf dijo:

—Ustedes se tomarían un vaso de oporto, ¿no es cierto, señoras? Traiga, dijo a Jorge que entraba, tres vasos de oporto Sandeman y sandwiches, sandwiches de caviar...

Como Mlle. Isabel se había apartado un poco para examinar, a través de su "impertinente", un Buda dorado que había sobre una plataforma cubierta de velos, Madame Kampf dijo rápidamente:

—¡Sandwiches, pero tú estás loco! ¡No vas a deshacerte toda la mesa por ella! Jorge, va a traer pasteles secos en el canastillo de Saxe, ¿entiende?, en el canastillo de Saxe.

—Sí, señora.

Volvió al cabo de un instante con la bandeja y el garrafón de baccarat. Los tres bebieron en silencio. Luego Madame Kampf y Mlle. Isabel se sentaron en el canapé detrás del cual estaba oculta Antonieta. Estirando la mano ella habría podido tocar los zapatos plateados de su madre y las zapatillas de seda amarilla de su profesora. Kampf se paseaba en uno y otro sentido, mirando furtivamente el reloj.

—¿Y a quienes tendremos el gusto de ver esta noche?, preguntó Mlle. Isabel.

—¡Oh!, dijo Rosina, a algunas personas encantadoras y no pocas viejas también, como la anciana Marquesa de San Palacio, a quien debo devolverle su cortesía; a ella le gusta tanto venir aquí... Ayer la ví, debía partir y me dijo: "Querida, he retardado en ocho días mi viaje al Mediodía, para poder asistir a su reunión: se entretiene tanto una en su casa..."

—¡Ah! ¿Usted ya había dado otros bailes?, preguntó Mlle. Isabel frunciendo los labios.

—No, no, se apresuró a decir Madame Kampf, algunos téés simplemente; no la había invitado porque sé que usted pasa tan ocupada durante el día...

—Sí, en efecto; estoy pensando también en dar algunos conciertos el año próximo...

—¿De veras? ¡Es una excelente idea!

Se callaron. Mlle. Isabel examinó una vez más las paredes de la pieza.

—Es encantador, realmente encantador, y de un gusto...

De nuevo se hizo el silencio. Las dos mujeres tosieron. Rosina se alisó los cabellos. Mlle. Isabel se arregló minuciosamente la falda.

—Qué lindo tiempo hemos tenido estos días, ¿no es cierto?

Kampf intervino bruscamente:

—Bueno, no nos vamos a quedar así, con los brazos cruzados, ¡Y qué tarde llega la gente! ¡Está segura de haber puesto las diez en las invitaciones, Rosina?

—Veo que me adelanté.

—No, querida. ¿Qué dice? Es una costumbre terrible esta de llegar tarde; es deplorable...

—Propongo un poco de baile, dijo Kampf golpeando las manos jovialmente.

—Naturalmente, es una buena idea. Pueden comenzar a tocar, gritó Madame Kampf dirigiéndose a los músicos: un charleston.

—¿Usted baila charleston, Isabel?

—Sí, un poco, como todo el mundo...

—Entonces no le faltarán compañeros. El Marqués de Itaharra, por ejemplo, un sobrino del Embajador de España, que se gana todos los premios en Deauville, ¿no es eso, Rosina? Mientras tanto, iniciemos el baile.

Se alejaron, mientras la orquesta bramaba en el salón desierto. Antonieta vió que Madame Kampf se levantaba, se dirigía rápidamente a la ventana y pegaba — ella también, pensó Antonieta — su cara a los fríos cristales. El reloj dió las diez y media.

—Dios mío, Dios mío, ¿pero qué es lo que hacen murmuró Madame Kampf agitada: que el diablo se lleve a ésta vieja loca, agregó casi en voz alta, e inmediatamente aplaudió y gritó riendo:

—¡Ah, estupendo, encantador!; no sabía que bailaba tan bien, Isabel.

—Pero si baila como Josefina Baker, respondió Kampf desde el otro extremo del salón.

Terminado el baile, Kampf dijo:

—Rosina, voy a conducir a Isabel al bar, no te pongas celosa.

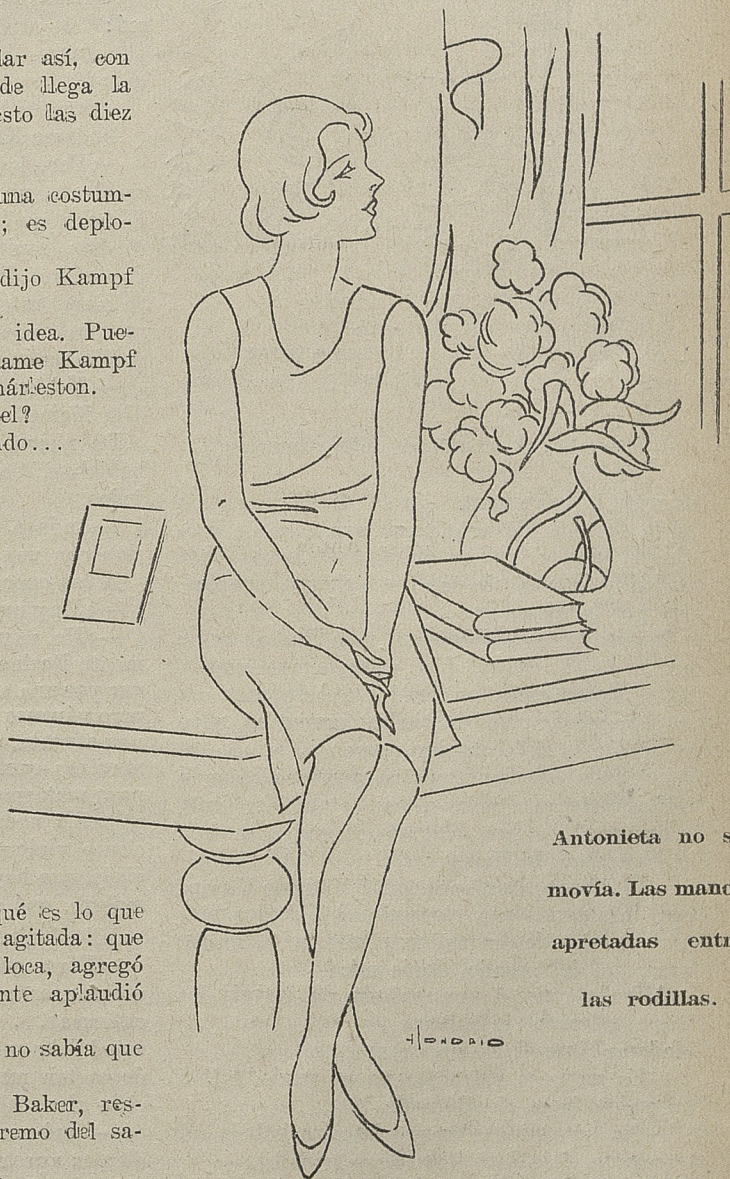
—Pero, ¿y por qué no nos acompaña usted?

—En un momento más, si ustedes me lo

permiten; tengo que dar algunas órdenes a los criados y luego iré.

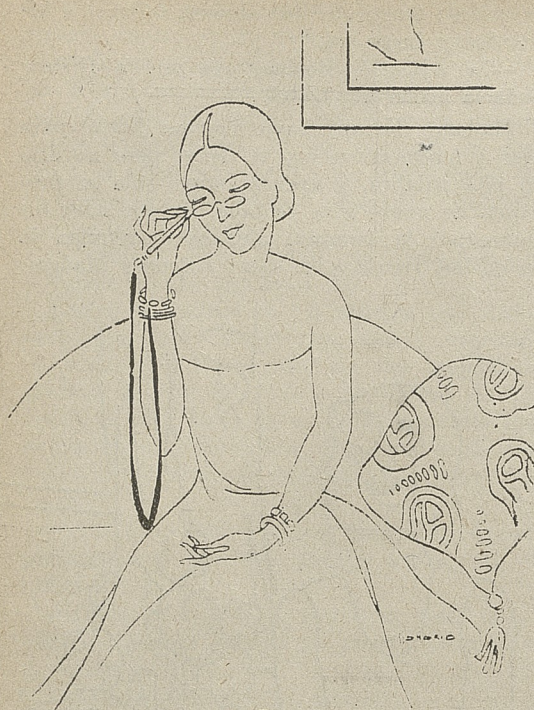
—Le advierto, Rosina, que voy a flirtar toda la noche con Isabel.

Madame Kampf tuvo fuerzas hasta para reír y amenazarlos con el dedo; pero no dijo ni una palabra, y apenas estuvo sola se precipitó de nuevo a la ventana. Se oía subir los autos por la avenida; algunos disminuían la velocidad frente a la casa; entonces Madame



Antonieta no se movía. Las manos apretadas entre las rodillas.

Kampf se inclinaba y devoraba con los ojos la negra calle de invierno; pero los autos se alejaban, el ruido del motor se extinguía, se perdía en la sombra. A medida que la hora avanzaba, pasaban cada vez menos autos, y



Mlle. Isabel, cogió sus impertinentes

durante largos minutos no se oía ruido alguno en la avenida, desierta como una calle de provincia; sólo el rumor del tranvía en la calle vecina y ruidos de bocinas lejanas, suavizados por la distancia...

Rosina entrechocaba sus mandíbulas, como presa de la fiebre. Las once menos cuarto. En el salón vacío, un reloj dió golpecitos como ahogados, pero de timbre argentino, vivo y claro; el del comedor respondió y al otro lado de la calle, un gran reloj colocado en la fachada de una iglesia, sonó también, lenta y gravemente, cada vez más fuerte, a medida que pasaban las horas.

—...Nueve, diez, once, gritó Madame Kampf con desesperación y elevando al cielo los brazos cubiertos de diamantes. ¿Pero qué es lo que pasa, qué ha pasado, Jesús mío?

Alfredo regresó acompañado de Isabel; los tres se miraron sin hablar.

Madame Kampf, rió nerviosamente.

—Es un poco extraño, ¿no es verdad? Con tal que no haya pasado nada...

—Oh, queridita, sólo que hubiera habido un terremoto, dijo Isabel con tono triunfal.

Pero Madame Kampf no perdía aún las esperanzas. Así, dijo, jugando con sus perlas, pero con la voz húmeda de angustia:

—¡Oh! esto no quiere decir nada; figúrese que el otro día estaba en casa de mi amiga la condesa de Brunelleschi, y los primeros invita-

dos comenzaron a llegar faltando un cuarto para las doce. De esta manera...

—Es bien molesto para la dueña de casa, bien enervante, murmuró Mlle. Isabel con diáfana.

—¡Oh! Es... una costumbre que es preciso aceptar, ¿no es cierto?

En ese instante sonó el timbre. Alfredo y Rosina se volvieron hacia la puerta.

—Toquen, gritó Rosina a los músicos, que comenzaron a atacar vigorosamente un blue. Nadie venía. Rosina no pudo contenerse y lloró:

—Jorge, Jorge, ¿que no ha oído que han tocado?

—Son los helados que traen de donde Rey.

Madame Kampf estalló:

—¡Pero les aseguro que ha ocurrido algo, un accidente, un malentendido, un error de fecha, de hora, qué se yo! Las once diez, son las once diez, repitió desesperadamente

—¿Once diez ya?, exclamó Mlle. Isabel; pero claro, usted tiene razón, en su casa el tiempo pasa volando, mis felicitaciones... Están dando las once y cuarto, ¿oyen?

—¡Y bien, no van a tardar en llegar, ahora! dijo Kampf con voz fuerte.

De nuevo se sentaron los tres, pero ya no hablaban. Se oía a los criados reír a carcajadas.

—Anda a hacerlos callar, Alfredo, dijo Rosina con voz temblorosa de furor: ¡anda!

A las once y media se presentó la pianista.

—¿Hay que esperar más todavía, señora?

—¡No, váyanse, váyanse todos!, gritó bruscamente Rosina, que parecía pronta a dejarse llevar por una crisis de nervios: ¡se les va a pagar, pero váyanse! No habrá baile, no habrá nada: es una afrenta, un insulto, un golpe preparado por nuestros enemigos para ponernos en ridículo, para matarme. ¡Si alguien viene ahora, no quiero ver a nadie, ¿entienden?, continuó con creciente violencia: le dirán que he partido de viaje, que hay enfermos en la casa, que hay un muerto, qué se yo!

Mlle. Isabel dijo solícita:

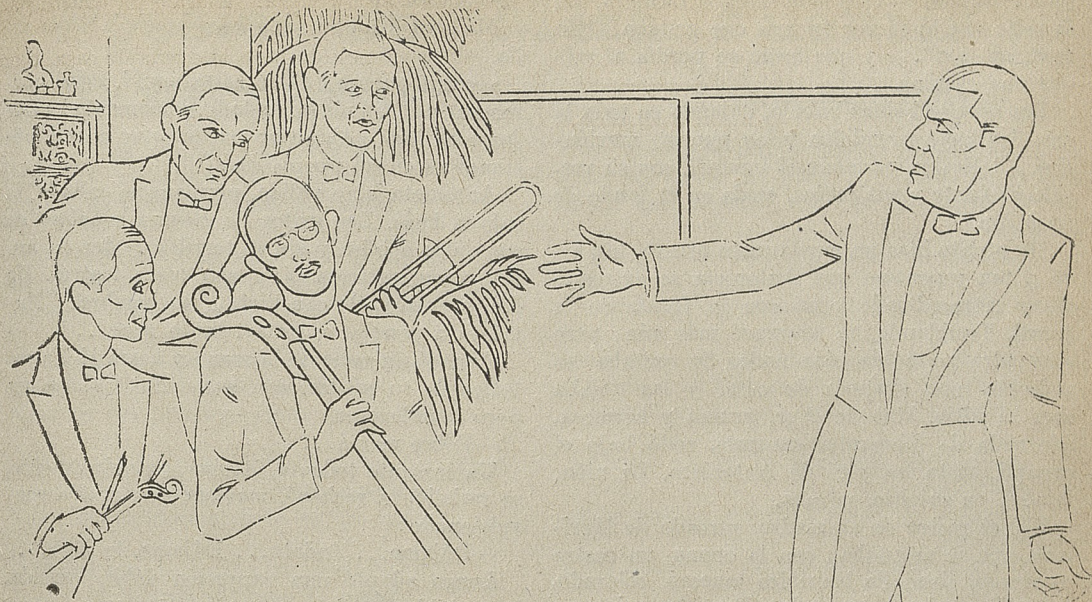
—Pero, querida, aún no se ha perdido toda esperanza; no se atormente así, que se va a enfermar... Comprendo, naturalmente, lo que usted debe sufrir, mi pobre amiga; pero el mando es tan malo, por Dios...! Usted debía decirle algo, Alfredo, mimarla, consolarla...

—¡Qué comedia!, siboteó Kampf con los dientes apretados y el rostro descompuesto: ¡se van a callar al fin?

—Pero, Alfredo, no grites; al contrario, acríela...

—¡Eh! Si quiere ponerse en ridículo...!

Se volvió bruscamente e interpelló a los músicos:



—¿Qué es lo que hacen ahí, todavía? ¿Cuánto se les debe? Y mándense cambiar inmediatamente, por Dios...

Mlle. Isabel cogió lentamente su boa de plumas, su impertinente y su cartera.

—Conviene más que me retire, Alfredo, a menos que pueda ser útil en cualquier cosa, mi pobre amigo...

Como él no respondía, se inclinó, besó en la frente a Rosina, que estaba inmóvil, que ni siquiera lloraba, mirando con los ojos fijos y secos:

—Adiós, querida; créame que estoy desesperada y que siento enormemente su dolor, murmuró maquinalmente, como en el cementerio; no, no me acompañe, Alfredo, me voy sola, me marcho; llóre a su gusto, mi pobre amiga, que eso alivia, dijo todavía, hablando con voz fuerte, desde el medio del salón desierto.

Alfredo y Rosina la sintieron atravesar el comedor y decir a los criados:

—Sobretudo no metan ruido; la señora está nerviosa y muy apenada.

Y luego el rumor sordo del ascensor y el golpe de la puerta cochera al ser abierta y cerrada.

—¡Qué camella! murmuró Kampf; si al menos...

No terminó. Rosina se había erguido, con el rostro brillando de lágrimas y mostrándole el puño lo apostrofaba:

—Tú tienes la culpa, tú imbécil, con tu vanidad estúpida y tu orgullo de pavo real!... El señor quiere dar bailes y recepciones... ¡Si es para morir de la risa! Juraría que tú te figuras que la gente no sabe quién eres y de dónde

¿Qué es lo que hacen ahí todavía?

¿Cuánto se les debe?

de vienes! ¡nuevo rico! Están orgullosos de tus amigos, tus estupendos amigos, los ladrones, los estafadores!...

—Y los tuyos, tus condes, tus marqueses, tus macrós!

Continuaron gritándose al unísono una catarrata de palabras furiosas, violentas, que corrían como un torrente. Luego Kampf, con los dientes apretados, dijo en voz más baja:

—Cuando te recogí tú habías rodado ya sabe Dios por dónde! ¿Tú creías que yo no sabía nada, que nada había visto? Pero pensaba que eras bonita, inteligente y que si yo llegaba a ser rico, tú podrías hacerme honor... Me he equivocado bastante, no se puede negar; tienes todo el descaro de una arrastrada, eres una vieja con modales de cocinera...

—Otros se han contentado con esto...

—No lo dudo. Pero no me des detalles. Mañana te arrepentirás.

—¿Mañana? ¿Te figuras que voy a vivir una hora más contigo, después de todo lo que me has dicho? ¡Bruto!

—¡Entonces, ándate! ¡Andate al diablo!

Salió golpeando las puertas.

Rosina lo llamó.

—¡Alfredo, vuelve!

Y se puso a esperar, con la cabeza vuelta hacia el salón, anhelante; pero él estaba lejos

ya... Bajaba en esos momentos la escalera. En la calle se oyó su voz furiosa que gritaba: "Un taxi, un taxi"... y que luego se perdía al volver una esquina.

Los criados habían subido, dejando en toda la casa las luces prendidas y las puertas moviéndose... Rosina permaneció inmóvil, con su vestido brillante y sus perlas, caída en el fondo de un sillón.

De pronto hizo un movimiento bruseo, tan vivo y tan repentino que Antonieta se estremeció y retrocediendo pegó con la frente en la pared. Temblando, se acurrucó más aún; pero su madre no había oído nada. Se quitaba las pulseras, una después de otra, y las dejaba caer al suelo. Una de ellas, gruesa y hermosa, adornada de diamantes enormes, rodó bajo el canapé, hasta los pies de Antonieta. La niña, inmóvil en su sitio, miraba.

Vió el rostro de su madre, surcado de lágrimas, que se mezclaban con la crema, un rostro arrugado, lleno de horribles muecas, colorado, infantil, cómico... cambiado... Pero Antonieta no había cambiado; apenas si sentía una especie de desdén, de despreciativa indiferencia. Más tarde ella diría a un hombre "Oh, yo fui una niña terrible, ¿sabe? Figúrese que una vez..." Bruscamente tuvo la conciencia de un porvenir feliz, rico, henchido de posibilidades y se sintió dueña de todas sus jóvenes fuerzas intactas, hasta pensar: "Cómo se puede llorar así, por una cosa como ésta... ¿Y el amor? ¿Y la muerte? Ella tendrá que morir algún día... pero se le olvida eso..."

Así pues, ¿también la gente grande sufre por cosas fútiles y pasajeras? Y ella Antonieta, les había tenido miedo, había temido ante sus gritos, sus rabias, sus vanas y absurdas amenazas... Suavemente se deslizó fuera de su escondite. Durante un momento todavía permaneció oculta en la sombra, mirando a su madre que no sollozaba ya, pero que permanecía recogida sobre sí misma, con las lágrimas corriéndole hasta la boca, sin que las secara. Luego se irguió y se aproximó.

—Mamá.

Madame Kampf saltó bruscamente en su silla.

—¿Qué quieres? ¿Qué haces aquí?, gritó nerviosamente: ¡ándate, ándate al momento! ¡Déjame en paz! ¡Ahora no puedo estar un minuto tranquila en mi propia casa!

Antonieta, algo pálida, permanecía callada, la cabeza baja. Los gritos de Rosina sonaban en sus oídos débiles y sin el terrible poder de antes, como los truenos en una pieza teatral. Un día, muy pronto, ella diría a un hombre: "Mamá va a ponerse a gritar, tanto peor..."

Avanzó dulcemente la mano y acarició los cabellos de su madre, con sus dedos ligeros, un poco temblorosos.

—Pobre mamá...

Un instante todavía, Rosina, maquinalmente, se resistió, la rechazó, moviendo su rostro convulsionado:

—Déjame... ándate... Déjame, te digo...

Luego adoptó una expresión débil, vencida, lamentable:

—Ah, mi hijita, mi pobreita Antonieta; tú eres dichosa; tú no sabes todavía lo injusto, lo malo y lo hipócrita que es el mundo... esas gentes que me hacen sonrisitas, que me invitan, se ríen de mí a mis espaldas, me desprecian porque yo no pertenecía a sus círculos, estos pedazos de camellos, de... pero tú no puedes comprenderlo, mi hijita! ¡Y tu padre...! ¡Ah!, ven, no te tengo sino a tí...! terminó de pronto, no te tengo sino a tí, mi hijita....

Ella tomó en sus brazos. Como Antonieta apoyaba contra las perlas su pequeño rostro mudo, su madre no la vió sonreír. Y dijo:

—Eras una buena niña, Antonieta...

Era el instante, el relámpago fugitivo en el cual "en el camino de la vida" madre e hija se cruzaban, una en marcha ascendente y la otra hundiéndose en la sombra. Ellas no lo sabían. Sin embargo, Antonieta repetía dulcemente:

—Pobre mamacita...

FIN DE "EL BAILE"

Y ahora díganos ¿qué le pareció "EL BAILE", la más hermosa novela de Irene Nemirowsky, aquella de trama más original, de personajes psicológicamente mejor delineados? Si le ha gustado recomiéndela a sus amigos. Dígalos que en la semana próxima aparecerá, espléndidamente ilustrada, una edición de "El Baile", a precio económico. Esta dará comienzo a la Colección de Lecturas, que contendrá todas las novelas que publique nuestra revista. Es muy poco lo que debe recordar y decir a sus amigos. La semana próxima. Colección Lecturas. El Baile. Irene Nemirowsky. ¿Vé Ud?